

MARCO FIDEL SUAREZ

EL HOMBRE. EL ESTADISTA. EL ESCRITOR. EL CRISTIANO.

Toda Colombia, en un estremecimiento de admiración nunca igualado y difícilmente superable, acaba de conmemorar el centenario natalicio de Marco Fidel Suárez, varón clarísimo cuyo nombre deben pronunciar con veneración y respeto los letrados y los católicos del mundo hispano.

Suárez, por su ingenio y por su pluma, pertenece ya al linaje de los clásicos inmortales. Por el severo perfil de su personalidad moral, por su actuación en alto y turbulento escenario político y por su acierto en el empeño de acordar la ciencia y la fe, el manejo de la cosa pública y la sumisión filial a la Iglesia, tiene sus pares entre aquellos laicos gloriosos que han puesto su mente iluminada al servicio de Cristo y que se llaman Ozanam, García Moreno, Menéndez Pelayo, Engelbert Dollfuss o Contardo Ferrini.

En la personalidad de Suárez hay una antinomia sorprendente en que nadie, que sepamos, ha parado la atención o filosofado según lo pide el caso. Es la antinomia de sus fracasos repetidos y de su grandeza auténtica e innegable. Suárez es uno de aquellos hombres que en Colombia, tan fértil en soñadores e idealistas, ha sustentado propósitos más excelsos e iniciado empresas de mayor cuantía y aliento. Pero conoció, como pocos, el fracaso y el dolor de los ideales que huyen y se desvanecen.

Empezó la carrera sacerdotal y hubo de truncaarla; proyectó una gramática histórica de la lengua española — ardua empresa en aquellos entonces — y sólo nos dejó unas muestras; encumbrado a la presidencia de Colombia bajó sin terminar su período constitucional; no dio remate al monumento de los *Sueños*; ni terminó su Galería de colombianos ilustres, ni prosiguió

en forma sistemática las aficiones gramaticales que iluminaron su juventud prometedora... Sin embargo — y esto es lo sorprendente — en su conjunto y en la totalidad de su vida es uno de los colombianos más egregios y una de nuestras figuras históricas más definidas. Fue grande a pesar de sus fallos y deficiencias. Llegada la hora del recuento y de la balanza no se le encuentra falto, sino admirable de madurez y de ejemplaridad.

EJEMPLARIDAD DE SU VIDA

Si algún heraldista o rey de armas quisiera inventarle un escudo nobiliario a este aldeano sin blasones, a este genuino fruto de la democracia, podría historiarlo y simbolizarlo con estos cuatro elocuentísimos atributos: una choza de paja y de barro, las columnas del capitolio bogotano, una péñola y una cruz. Ellos recordarían al hombre, al estadista, al escritor y al cristiano.

Lo más encantador de esta vida pulquérrima, labrada por la piedad y la sabiduría, y, también, lo más estimulante, es el triunfo de un ideal tempranero de integral educación en medio ambiente y horizontes nada propicios. En Colombia se suele decir que Marco Fidel Suárez es uno de los hijos más genuinos de la democracia.

Buena fecha para nacer, buen *dies natalis* para ingenios y letrados, este del 23 de abril. Tal día como ese, del año de 1616, murió serenamente en Madrid don Miguel de Cervantes Saavedra. Para el cristiano, morir es nacer. Tal día como ese, del año de 1855, allá, en Hatoviejo, en un vallecito de los Andes colombianos y antioqueños nació Marco Fidel Suárez. Recojamos la coincidencia de fechas como un augurio feliz para el niño de la choza pajiza, para la Madre Colombia y para las letras de la universal castellanía.

Suárez nació de familia sin blasones y sin haberes. Lavandera fue su madre, como la madre de Luis de Granada. Pero desde ese hondón semiplebeyo, paso a paso, con sostenido porfiar, hostigado por mil dificultades, sin ambiciones de hueca sonadía, pero deseoso de trabajar por la Iglesia y por la Patria,

fue alcanzando posiciones y llegó a ser maestro de la juventud, jefe del partido conservador, internacionalista experto, literato consumado y presidente de la República. Bello ejemplo para los jóvenes a quienes no mimó la fortuna. De niño, merced a la protección del párroco y a la intuición del obispo Isaza, pudo ingresar en el seminario de Medellín.

Le acuciaba el deseo de saber. Aventajó a los condiscípulos en el discurrir y también en la seria consagración al estudio. Tuvo aquel ingenio que los latinos llamaban *versátil*. Tan pronto ahondaba en filosofía como resolvía matemáticas; eso le daba disertar de cuestiones teológicas o aclarar las leyes del idioma. Ya hacia el cabo de la carrera, una de aquellas infaustas revoluciones incubadas por las doctrinas liberales, forzó a clausurar el seminario de Medellín y el joven Suárez hubo de ganarse un parco vivir como simple maestro de escuela. Como que estuvo a canto de irse a la pesquisa de un empleo en Panamá o en las minas de oro de Supía. Pero Dios, que no lo quiso sacerdote, tampoco permitió que se sumiera en la oscuridad. Lo había hecho para brillar en el candelero.

Conociendo su afición al estudio, el cura del lugar le propuso se dirigiera a la culta ciudad de Bogotá asegurándole que a su cuidado y solicitud quedarían una hermanita y la madre. Partiose, pues, sin bagaje, largos trechos a pie. Así midió centenares de kilómetros hasta la antigua Santa Fe de Bogotá, ciudad de luz y de ingenio, ciudad entonces callada y tranquila en donde se había remansado el castizo espíritu español y florecían con tropical exuberancia los doctos y letrados. No mucho después, Menéndez Pelayo la señalaba como Atenas de Sudamérica. Suárez llegó a Bogotá en 1879. Tenía veinticuatro años de edad.

Ya en la capital de la República obtuvo una beca en el Colegio del Espíritu Santo en el que fue, a la vez, estudiante y catedrático. Sus labores en el profesorado se prolongaron en este y otros colegios durante unos veinte años. Sólo se interrumpieron cuando — figura de las más descolantes del país — fue llamado al Ministerio de Relaciones Exteriores. En sus prime-rías, la pobreza, que ataja proyectos pero aguza ingenios, lo cortejó celosamente. Hasta se vio obligado a ser escribiente de

oficina. Como tal ayudó al doctísimo filólogo don Rufino José Cuervo copiándole papeletas para su monumental *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. Varias veces en estas tareas, pero sobre todo en vacaciones, lo sorprendió la noche sin haber probado todavía bocado. Así fueron los principios de Suárez. Pero él había nacido en los repliegues más arrugados de los Andes, en esa Antioquia cerril y arisca, y sabía muy bien lo que cuesta ganar cumbres y situarse de frente a horizontes más dilatados. La Providencia le deparó muy presto la llave con que se había de abrir el castillo ferrado de su futuro glorioso.

EL TRIUNFO DEL IDEAL

En noviembre de 1881 se celebró en Bogotá el centenario del nacimiento de don Andrés Bello, gloria de Venezuela, poeta, gramático y jurista a quien se reconoce como patriarca de las letras americanas. Uno de los números del programa consistía en premiar con la admisión en la Academia Colombiana de la Lengua, compuesta entonces como hoy por literatos de auténtica prestancia, al que presentara el mejor trabajo sobre don Andrés Bello. El premio debía adjudicarse en pública solemnísimas sesión. Los concurrentes al certamen fueron numerosos y hábilmente aparejados. Aquella Atenas tropical estaba en vilo, alzada en acecho del fallo académico glorificador. Mas, a la hora de la proclamación, la sorpresa fue grande. Sorpresa, que no desilusión. Se adjudicaban los ambicionados lauros del triunfo a un joven de veintiséis años enteramente desconocido. Su nombre sonaba allí por vez primera: Marco Fidel Suárez. El joven adelantose modestamente hacia el escenario, y al recibir la medalla que lo acreditaba como académico de la lengua, profirió esta lacónica expresión: "la recibo más como un estímulo que como un premio".

Dijimos que Suárez nació en Hatoviejo. Poco después, para conmemorar el triunfo de su hijo ilustre, la aldea adoptó el nombre de Bello, asociando así la memoria de dos de los más inteligentes cultivadores del idioma español en América. Y empieza la carrera pública de Suárez. Es de un país, vive en un

pueblo, donde la gramática y la poesía son credenciales para ocupar los puestos más altos y más exigentes.

SU CARRERA PUBLICA

En 1883 acompaña al humanista don Miguel Antonio Caro en la dirección de la Biblioteca Nacional. Fue destino del montañés de Hatoviejo cruzarse en los caminos de su juventud con las dos lumbreras máximas del pensamiento colombiano: con Rufino José Cuervo y con Miguel Antonio Caro. En agosto de 1884 empareja de nuevo con ellos: la Real Academia Española lo nombra miembro correspondiente. El 19 de octubre de 1885 entra como secretario en el Ministerio de Relaciones Exteriores, en el cual trabajó con paciente patriotismo y empezó una de las tareas más fructuosas de toda su vida: la demarcación definitiva de las fronteras nacionales. Fue labor de tal magnitud en sí y llevada con tal dignidad y discreción que hay quienes la consideran como el mérito mayor y el aspecto más elogiado de toda la vida y la actuación de Suárez.

En 1886 presta el apoyo de su autoridad y de sus luces al movimiento que en Colombia se llama de la Regeneración, que tuvo como caudillo a Rafael Núñez y, en realidad, dotó a Colombia de una fisonomía y de una constitución sabia y cristiana que ha sido fuente y causa de paz y de prosperidad de la nación durante los últimos cincuenta años.

En 1889 se le nombra vocal del Consejo Universitario y profesor de derecho internacional, público y privado. El 10 de marzo de 1891 se le confía el Ministerio de Relaciones Exteriores. En el desempeño de este cargo firmó tratados con Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y España. Este último, de paz y amistad, el 28 de abril de 1894. Posteriormente firmó el tratado de límites entre Colombia y Ecuador, la convención de arbitraje entre Colombia y Venezuela y el tratado para el arreglo de la cuestión de Panamá, suscrito en Bogotá el 6 de abril de 1914.

El 15 de agosto de 1895 contrajo matrimonio con doña Isabel de Orrantía, dama de noble alcurnia. Por cierto, en el

regocijo y gaudeamus de aquel día no faltó la trova del poeta. Y esta vez fue la de Rafael Pombo, lírico fogoso, vehemente y caudal. Muy inspirado no anduvo, en paz sea dicho. Pero sí lució alguna estrofa aprovechable.

Así no hay quien epitalamios canta
al desde hoy feliz Marco Fidel
sin advertir que tiene por delante
a Dios, que le buscó por consonante
a la dulce Isabel.

Que si las Relaciones Exteriores
bajo tal rienda a maravilla van,
no en zaga marcharán las interiores:
aquí las vemos en carril de flores
y el cielo por guardián...

El cielo, según veremos, reclamó muy pronto a la dulce Isabel... En febrero de 1896 empezó a dirigir y publicar *El Nacionalista*, que fue su primera incursión de carácter permanente en el periodismo y desde el cual sostuvo recias batallas ideológicas, aunque con serenidad y mesura, y no con la apasionada intemperancia verbal que es frecuente en ciertos polemistas latinos y sobre todo tropicales. De él, como del grande estadista y presidente Rafael Núñez, impulsor de la *Regeneración* del 86, se puede afirmar que con sus escritos periodísticos puso de moda el uso de la razón en la política. Que es mucho decir. Este mismo año fue al parlamento, en el cual, *sibi constans*, que diría Horacio, actuó como sesudo pensador y político cristiano.

En 1899 se le nombró Ministro de Instrucción Pública, y un año después, al verse destituido de dicho cargo y del de Consejero de Estado por causa de un movimiento político que derrocó al gobierno existente, formuló un documento de protesta que se hizo célebre y se propuso retirar de la vida pública y de la política, que para él tuvo casi exclusivamente amarguras y desengaños. Suárez había nacido para especular como tranquilo ciudadano de la república de las letras; pero la política, en su pleamar y sus resacas, lo había engolfado en ese piélago de intrigas, asechanzas y viceversas. "La política — escribió en el *Sueño del partido conservador* —, actividad suprema porque es en cierta manera el uso de una función propia

de Dios, único señor de los hombres y su único juez, como observa San Francisco de Sales, es de todos los ejercicios el más complicado, el más aleatorio, el más penoso, el más inadecuado al orden y al encadenamiento. Si hay mortal que merezca el epitafio *Requiescat in pace*, o al cual esa lúgubre voz de esperanza venga bien, es el político graduado, consumado y calificado...". Pero, en 1912, reaparece en el escenario político por obedecer a las insinuaciones del arzobispo Herrera Restrepo quien se dirigió a Suárez hablándole de la parábola de los talentos. Ello es que don Marco se hallaba una tarde visitando el sepulcro de su esposa, cuando le llegó una tarjeta de Monseñor Herrera que lo invitaba a intervenir de nuevo en la cosa pública para bien de la religión, cuyos intereses andaban mal traídos y mal llevados en las luchas intestinas de esos partidos que tantas veces parten el mismo corazón de la patria. Suárez respondió desde el mismo cementerio con una boleta que decía: "¿Es lícito a un hombre encargarse de deberes cuando sabe con firme conciencia que ellos son superiores a sus facultades mentales y morales?". Y el prelado, que había nacido con todos los dones del señorío y del mando, contestó inmediatamente al pie de aquel escrito: "Lo que no es lícito es el rehusar el cumplimiento de un deber so pretexto de incapacidad".

JEFE DE PARTIDO

Ante la voluntad de su prelado, que para Suárez era sagrada, y ante la exigencia de valores supremos, renunció a la tranquilidad de sus estudios y se dirigió a los varios grupos de tendencias conservadoras — históricos y nacionalistas —, llamándolos a la unión. Entonces se efectuó la Concentración Conservadora, decisiva en el parlamento. Sus directores fueron Marco Fidel Suárez y el caudaloso y arrogante tribuno don José Vicente Concha, que en virtud de este acuerdo antecedió a Suárez en la presidencia y murió después en Roma cuando representaba a Colombia, con el mayor decoro, ante la Santa Sede.

Duro se le hizo a Suárez dialogar con el doctor Concha; pero a ello se avino al peso de consideraciones superiores y

gracias a la habilidad del general Goenaga, en cuya casa se realizó la histórica entrevista. Recordando una frase de Lorenzo Riber en su semblanza del Anti Lulio Anselmo de Turneda, “si hay dos temperamentos que se repelen con instantánea energía, son los temperamentos de estos dos varones terrígenas” (cfr. *El Español*, 16 diciembre de 1944).

Las relaciones de estos dos patricios — ha escrito Eduardo Guzmán Sponda — darían para capítulos enteros, escritos por artistas de la historia. Sainte-Beuve hubiera encontrado allí materia para varios de sus *Lunes*. En la unión con Suárez, después de posiciones encontradas y violentas, forjada en el vértice de la pirámide conservadora, al lado de la grandeza en el ademán que olvida y abraza y salva, existe en la penumbra como un mal hado, no por silencioso menos implacable, el roce continuo de dos espíritus hechos para no concordar. El presidente Concha (elegido por la Concentración) y su Ministro de Relaciones Exteriores, Suárez, representaron la unión de un partido político ante el país; y el gobierno indivisible de una nación, ante el mundo inflamado por la guerra europea. Era una fachada llena de inteligencia y de claridad, revestida de fina soldadura; pero hendida, como el vaso roto de Sully Prudhomme. Pudiera decirse que aquellas dos mentes se guiaban por un mismo amor de patria, hilo conductor en el laberinto político; sólo que lo habían empuñado en sentidos diversos. En las grandes cuestiones y en los menudos incidentes parecen ponerse de presente aquellas disonancias de tonos espirituales. La guerra de 1914 es el punto frecuente de divergencia entre el presidente y su ministro. La misma neutralidad de la República no es comprendida por ambos sino con diverso temperamento, principalmente cuando la Estrella Polar (Estados Unidos) aparece en la contienda apocalíptica. La Estrella Polar, mirada por esos dos astrónomos del cielo internacional desde ángulos tan diferentes!

Cuando Concha, en virtud de la unión, subió al poder, Suárez, entonces jefe único, indiscutible y sapientísimo del partido conservador, supo vigorizarlo y orientarlo con un programa doctrinal enteramente cristiano. Como él enseñaba, era obligación de dicho partido “estrecharse en torno de la Iglesia para defenderla contra sus enemigos y para cooperar en toda obra religiosa de civilización y progreso”. Suárez se desvivió por su partido, no tanto por lo que éste entrañaba de político, cuanto por los servicios que podía prestar a la Iglesia. Decía así: “Creo indispensable, absolutamente indispensable para Colombia, que

en ella prevalezcan las ideas conservadoras, y por eso mismo considero necesario que el partido preserve, defienda y mantenga su mayoría, la cual no podrá obtenerse sino en virtud de una unión absoluta. Con esta victoria de la unión conservará en la política, en la administración, en las leyes, en la justicia el influjo de la doctrina cristiana, única esperanza del mundo, agobiado y amenazado hoy por las olas de la barbarie". La historia eclesiástica y civil de Colombia durante más de medio siglo condujo a Suárez a sentar la precedente afirmación, que es juntamente epifonema de un proceso histórico y norma de políticos patriotas y avisados. Suárez obró por patriotismo y religiosidad de pura ley al servirle a Colombia a través de un partido, desde el reducto doctrinal de la agrupación conservadora. A él le parecía lo más propio, lo necesario encararse desde ese lado con su patria y con su quehacer histórico.

Ha dicho Eugenio D'Ors, en *Estilos del pensar*, que lo que importa en la obra del filósofo, del pensador, no es el detalle, sino aquella disposición general, aquel ritmo que viene a patentizarnos la existencia de una visión personal del mundo, de una intuición central y matriz... En ella consiste su creación, su mensaje. Para los tiempos y las circunstancias en que a Suárez le tocó actuar y enseñar, la intuición central consistiría en esta adhesión a la verdad de Cristo y en este mirarlo todo a las luces de lo eterno y en conformidad con "la música de las esferas", como él dijo, o con "la armonía total de la creación", como dijo el iluminado José Antonio.

Una cosa es cierta: mientras él vivió, su labor de campanero de la unión dio cohesión y triunfos a su partido. Muerto él, muerto el arzobispo Herrera, el partido se desunió y hubo de ceder el paso al liberalismo, que se instaló en el poder hasta 1946.

PRESIDENTE DE COLOMBIA

Al terminar el período presidencial del doctor José Vicente Concha, tocábale a Suárez, según secreto acuerdo, prestar su nombre para el debate electoral. Su partido quería nombrarlo Presidente de Colombia. Venció en las urnas a su contendor, el linajudo caballero y refinado poeta don Guillermo Valencia,

y subió al solio que ilustrara Simón Bolívar. No le fueron estorbo ni su fe de bautismo ni la choza nativa. El aldeano, nacido en el ranchito de Hatoviejo y educado de caridad por los ministros del santuario entraba, ceñido de la banda tricolor, al palacio presidencial a regir los destinos de su patria. Era el 7 de agosto de 1918.

El programa que enunció en el discurso de toma de posesión lo acredita como estadista cristiano. Sus primeras palabras, después del elogio de su antecesor, las consagra a las relaciones entre la Iglesia y el Estado mediante la observancia de la constitución y del concordato. Fija su atención en la neutralidad que no debe impedir al gobierno la franca manifestación de sus opiniones, cuando así lo exija el celo que debe desplegarse en favor de los principios tutelares del derecho. Concede grande importancia a las relaciones con los Estados Unidos, por el enorme influjo económico de esta potencia y por el delicado asunto, entonces todavía pendiente, de la separación de Panamá, “la porción más excelente, quizás, de los mares y tierras del planeta”. Habla luego sobre asuntos de administración interna, expedición de leyes necesarias y fomento de obras públicas y, finalmente, recalca en cuatro ideas que le preocuparon toda su vida y que se pueden enunciar así: injerto de civilización; instrucción pública basada sobre el temor de Dios y la práctica de los deberes religiosos en escuelas, institutos y universidades; acción social mediante la doctrina católica de las Encíclicas, y simultánea participación de los partidos o agrupaciones permanentes en el campo de la administración.

Injerto de civilización llamaba Suárez el aprovechar para la organización de la administración pública y de la cultura nacional el auxilio de la ciencia y prácticas extranjeras, lo cual —decía— no debe herir el sentimiento nacional, como no menoscaba el decoro del individuo solicitar consejo de los más entendidos. Acorde con este principio llamó al país misiones militares, culturales, médicas, y confió el observatorio astronómico de San Bartolomé a jesuitas españoles que tienen ya sucesores en varios jesuitas colombianos muy competentes, como el Padre Jesús E. Ramírez.

Hubo con este motivo un episodio que manifiesta a las claras el patriotismo sano y la cristiana entereza del Presidente. Muerto el doctor Garavito, sabio astrónomo en quien se aparejaban la sabiduría profunda y la más bella modestia, determinó el doctor Suárez confiar el observatorio a la dirección de especialistas extranjeros de altísima nota “como son los que pudieran venir del Observatorio del Ebro, famoso hoy en el mundo”. Pero no agradó el pensamiento a la Sociedad de Ingenieros de Bogotá. Y la observación se hizo en tono de protesta, que personalmente entregaron al mandatario tres jóvenes ingenieros de dicha sociedad. La respuesta es todo un documento de sabiduría política. Después de aducir las razones de su propósito y reforzarlas con la práctica de anteriores gobiernos colombianos y de las demás naciones de Hispanoamérica que han sabido “atisbar en toda la redondez del horizonte cuál es la luz más pura y refulgente a fin de procurar prenderla en el candelabro de su porvenir”, recuerda los nombres de tantos sabios extranjeros que “han estudiado, unos el portentoso suelo americano y sus idiomas, otros los derechos del hombre y de los pueblos en este mismo continente; otros los campos del cielo iluminados por el Centauro y por la Cruz del sur”. Teje luego una loa del Padre Secchi, “colega de los religiosos del Ebro que deseamos ver encargados del observatorio”, y, al concluir, estrechando la mano de los tres jóvenes visitantes, les dice que no extrañen encontrarle admirador ferviente de la ciencia de algunos eclesiásticos y participante de lo que el vulgo llama clericalismo. “Es que realmente — concluye — las ciencias tuvieron siempre cierto carácter sacerdotal, como dice De Maistre; y es, mis señores, que al compás que la estrella de la vida se acerca al mar de la muerte, el hombre comprende por experiencia que uno de los mejores campos para hallar un buen amigo y un buen maestro es ese gremio llamado clerical, cuando se inspira y obra por los influjos divinos de Jesús”.

Suárez, que supo en su juventud de pobreza y privaciones, embebido como estaba de las doctrinas de los documentos pontificios, atendió, en cuanto pudo, a la cuestión social, que él consideraba “problema pavoroso”. Durante su gobierno se abrió definitivamente en Colombia la era de la legislación so-

cial. Construcción de casas higiénicas para la clase proletaria, ley sobre huelgas, ley sobre conciliación y arbitraje en los conflictos colectivos de trabajo, ley sobre higiene en las explotaciones de yacimiento o depósitos de hidrocarburos, auxilios a hospitales y leproserías, etc.

Por la parte del progreso, a él se debe la introducción del inalámbrico y de la aviación, como también un grande impulso a los estudios técnicos y de agronomía.

Para darse cuenta de las necesidades de la nación, quiso recorrerla, empleando todos los medios de locomoción, desde la canoa vacilante y la tarda cabalgadura hasta los más rápidos inventos del progreso por aquellas calendas. En esta correría fue modelo de austeridad; más parecía el viaje de un terciario franciscano que de un presidente de Colombia.

A medida que pasen los años se irá justipreciando su labor meritísima, llevada cuesta arriba en años de postguerra mundial y de apreturas económicas. Por desgracia, contra este mandatario probó se desató una de las más violentas campañas de oposición que ha padecido Colombia. El parlamento colombiano — observa un historiador francés — es uno de los más exaltados, apasionados y brillantes de América. Y durante la presidencia de Suárez dio, quizás, el tono más alto. Prensa y parlamento, en tronar incesante, perturbaban la labor del egregio estadista. ¿Causas? Difícil concretarlas. La cuestión internacional en lo referente a la 'separación' de Panamá...; la diversidad de criterios administrativos; personalismos de políticos malferidos y, sin duda alguna, su catolicismo práctico, público y valiente que a muchos daba en rostro por juzgarlo en menoscabo de la majestad de la República y en oposición a la práctica de otros países civilizados y carcomidos de laicismo... Como si la entraña, la realidad y la totalidad de Colombia, a la que Suárez, por limpio juego democrático representaba, no fuera radicalmente católica. Masones, anticlericales y conservadores desteñidos se recomían de indignación farisaica. No le podían perdonar tales ejemplos de fe. En 1921, cuando aún le faltaba un año para terminar su período, Suárez renunció a la presidencia bajo condición y fianza de que se resolvería de una vez para siempre la cuestión de Panamá y se seguiría en el se-

nado el debate tocante a la acusación contra el jefe dimisionario. Antes se aseguró de que el gobierno pasaba a manos hábiles, “ne — y citamos a Tito Livio — in relictum a se locum hostem immiteret” (XXI, 8, 8).

Patriotismo y probidad, amor a Colombia, que quería ver tranquila; amor a la justicia, éstos fueron los móviles de su renuncia voluntaria. De ahí que eminentes compatriotas consideren este acto de Suárez como el más bello de su vida. Así el doctísimo prelado y elegante académico Monseñor Carrasquilla; así el ponderado escritor liberal Daniel Samper Ortega, que dice en el prólogo a la selección de escritos suaristas: “El mayor mérito en la dilatada carrera pública de Suárez fue haber abandonado voluntariamente el poder el año 1921 para que el Senado lo juzgase por su conducta como mandatario. Tal actitud es de los más altos ejemplos que haya recibido la democracia en América y uno de los mayores testimonios que de pueblo civilizado puede exhibir Colombia”.

EL INTERNACIONALISTA

Desde sus años mozos cultivó Suárez el derecho internacional. Lo profesó en la cátedra; lo ejerció en el Ministerio de Relaciones Exteriores. En los últimos doce lustros de vida nacional ningún internacionalista colombiano puede gloriarse de una labor tan inteligente, sistemática y hábil como la desarrollada por don Marco en la cancillería; ninguno ha marcado trayectoria tan precisa y certera.

El 1º de marzo de 1891 don Carlos Holguín confió a Suárez el Ministerio de Relaciones Exteriores. Por motivos de salud renunció el 24 de octubre de 1895. Su labor de estos cuatro años es de las más fecundas y ejemplares en la historia diplomática de Colombia. López de Mesa la resume así en su *Historia de la Cancillería de San Carlos*: la defensa de la reciprocidad comercial con los Estados Unidos; las discusiones de límites con Nicaragua y el Perú; el arbitramiento en el pleito fronterizo con Venezuela, y su ejecución que remató en el pacto Suárez-Holguín-Silva Gandolphi; la reclamación de Cerrutti;

la mediación en el conflicto peruano-ecuatoriano; la defensa de la propiedad de los cayos Roncador y Quitasueño; la neutralidad colombiana en el istmo de Panamá y la convención adicional al Concordato.

Pesan también en su balanza la firma de tratados con Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y España. Este último, de paz y amistad, el 28 de abril de 1894. Posteriormente firmó el tratado de límites entre Colombia y Ecuador y el tratado para el arreglo de la dolorosa cuestión de Panamá, suscrito en Bogotá el 6 de abril de 1914.

Delimitar de una vez para siempre las fronteras de la patria y resolver el problema espinoso creado por la separación de Panamá fueron obsesiones para la mente y el corazón de Suárez. Para lograrlo tuvo que acallar, muy a menudo, los gritos del corazón y mirar tan sólo a los intereses supremos. Arrostró por ello la incomprensión, el vituperio y la hostilidad; pero hoy todos los colombianos sensatos glorifican su empeño y sus merecimientos de internacionalista y de patriota.

Las notas del canciller Suárez acerca de la neutralidad, motivadas por la contienda europea de 1914 a 1918 son estimadas hoy mismo como imperecederos monumentos de sagaz visión, atinada formulación doctrinal y permanente valor de orientación para los conflictos venideros.

Ellas, afirma Alberto Miramón, conservan la verdad y frescura de las cosas eternas, la firmeza de lo definitivo y la claridad de lo fundamental.

La neutralidad de la República —enseñaba y defendía Suárez— respecto de las naciones en guerra no equivale a indiferencia ni impide al gobierno la franca manifestación de sus opiniones, cuando así lo exige el celo debido a los principios tutelares del derecho...

La condición de neutral impide ejecutar actos que favorezcan en efecto a una de las partes que están en guerra. Pero el neutral puede opinar en favor de las prácticas tradicionales del derecho.

Una de sus consignas famosas fue la del *respice polum!*, aplicada a las relaciones con la gran nación del norte. Hubo quienes tergiversaron sus intenciones, mirándola como una consigna de vasallaje. Odiosa interpretación. No es más que

una actitud realista e idealista. Realista, porque a nuestros pueblos hispanos les es imposible prescindir de semejante vecindad, impuesta por la geografía, por la economía y por la política. Toda América, toda Europa está hoy practicando la política del *respice polum!* y algunos pueblos europeos de rancia solera la están practicando con una postura de mendicidad que jamás se ha visto en las naciones hispanas. Es también consigna idealista porque Suárez admiraba e invitaba a imitar los ejemplos de convivencia pacífica que indudablemente prevalece en esa nación y los sentimientos de moralidad y religiosidad que han animado a varios de sus patricios más descollantes.

Suárez sentó los principios de la llamada *armonía bolivariana*, que otros nombran *doctrina Suárez* en atención a su autor. A ella aludió en su discurso presidencial:

Entre los pueblos cristianos, los de América Latina tenemos que mirar con predilección los vínculos que existen en el gran grupo de pueblos formados por la Madre España y por sus hijas de este continente. Y entre estas naciones, es natural que las repúblicas que debieron su emancipación a unos mismos esfuerzos o que formaron un día la antigua Colombia, establezcan entre sí una forma singular de hermandad común. De esta suerte, Bolivia, Colombia, el Ecuador, el Perú y Venezuela debieran formar una especie de unión natural, una confraternidad espontánea, mediante el cultivo de las relaciones políticas, literarias y comerciales y la resolución de defender activa y pacíficamente sus intereses y derechos, edificando así al mundo con el ejemplo de los tratados directos y amistosos. Uno de sus grandes fines sería pactar de común la colonización metódica de los territorios vertientes al Orinoco y al Amazonas, y rematarlo todo, a imitación de Chile y Argentina, colocando sobre una de las cumbres de los Andes Bolivianos un monumento a Cristo, Salvador del mundo.

Para realizar en parte su ideal, el 4 de abril de 1920, en el puente de Rumichaca, tendido sobre el Carchi y línea fronteriza con el Ecuador, se encontró con el presidente Baquerizo Moreno y simbolizó en un abrazo el abrazo de paz de dos naciones hermanas que acababan de solucionar pacíficamente sus viejos litigios. Extraordinaria fue la resonancia que produjo en América esta entrevista y hasta hubo quienes la miraron con hosco recelo; pero muy pronto se percataron de que no se trataba de alianzas agresivas, pues ese mismo día los dos manda-

tarios suscribieron un mensaje a los demás presidentes de las naciones creadas por el verbo y por la espada de Bolívar.

EL ESCRITOR

De todos los aspectos de este montañés egregio, el más luminoso y el más indiscutible es el de artista de la prosa castellana. Suárez fue un escritor soberano. Y lo fue, en primer lugar, porque tenía algo que decir. Lo tenía en la cabeza privilegiada y en su fichero y apuntamientos de lector juicioso. No poseyó la mentalidad científica, totalmente europea y al día, de Rufino José Cuervo. Ni gozó de intuiciones tan profundas ni de puntos de vista tan originales como los de Miguel Antonio Caro, con quien no puede igualar, por ejemplo, en punto al conocimiento de los clásicos latinos. Tampoco movió el caudal amazónico de ideas y noticias de un Menéndez Pelayo. Ello se debe, en parte a su entrega a la acción política, tan absorbente, y en parte a cierta carencia de estímulos, achacable a escasez de lecturas modernas y a su falta de viajes por la extranjería. Manejó en todo unos cuantos principios superiores y con ellos se iluminó para sus estudios gramaticales, para sus construcciones jurídicas y políticas, para sus atisbos sociológicos. Quizás se ligó con demasía al pasado, al mundo de los idos, a pensadores y autores añejos, insustituíbles, si se quiere, pero no únicos.

Ante Suárez, como escritor, se han inclinado en espontáneo acatamiento sus mismos adversarios políticos. Suárez es uno de los más clásicos escritores castellanos de los últimos tiempos. Don Juan Valera lo apellidó el 'Cervantes americano'; don Julio Cejador lo antepuso, y con mucho, al uruguayo Rodó, y conceptuó así, resumiendo quizás el prólogo de Gómez Restrepo a los *Escritos escogidos*: "profundo y sereno pensador cristiano, uno de los más castizos, naturales y numerosos pro-sistas de América, buen filósofo, filólogo y polígrafo".

El juicio de Cejador es sobrio pero exacto. ¡Qué diferencia de los panegíricos tropicales con que abrumamos a nuestros hombres! Una de las tareas más fatigosas del futuro biógrafo de Suárez será la de levantar la espesa capa de hojarasca y exor-

bitancias pueriles con que se ha cubierto la limpidez de su gloria. Sus *Estudios gramaticales* — perspicua exégesis de la *Gramática* de Bello — publicados posteriormente en Madrid y citados ahora mismo por García de Diego en su *Gramática histórica española* (1951), le valieron el ingreso en la Academia de la Lengua, en que brilló junto a Caro, Cuervo, Núñez y Pombo, cuyos nombres rafaguean aún sobre Colombia. También él planeó una *Gramática histórica* para la cual se hallaba singularmente dotado, aunque quizás no hubiera visitado ciertos campos de la filología ni tomara muy en cuenta la metodología científica para el espiguelo y las citas de las autoridades. Hasta sospecho que anduvo flojillo en latines y rapado en griego. Abona su intento el que la *Gramática histórica* no era entonces empresa tan fácil ni camino tan trillado como en estos días. Su conocimiento de las minucias del lenguaje, al par que su capacidad para la crítica, tanto la de vuelo corto como la de alcances largos, se cifra de manera eminente en el libro *Análisis gramatical de Pax*, en que sometió a inmisericorde espulgo la novela *Pax*, a otros visos muy apreciable, compuesta por Lorenzo Marroquín y Rivas Groot. En el prólogo a la misma dejó Suárez algunas de sus páginas más irónicas y retozonas. Es *Pax*, según se corrió en Bogotá, novela de clave, con situaciones y personajes extraídos de la vida real. Se dijo que uno de ellos era don Marco. ¡Quién hizo tal! Se le despertó el gramático, y como hizo en varias ocasiones, tomó y meneó con garbo el invencible estilete, que a más de uno dejó malherido y con ronchas y escozores para muchos años.

No fue Suárez orador de muchedumbres. Fue, en cambio, elegantísimo orador académico, en el sentido noble de esta palabra. Cuando en recepciones oficiales o populares hubo de improvisar, lo hacía midiendo las expresiones, quizás para atemperarse a la razón, a la discreción y a su dulcinea la gramática, y solía tomar entonces un tono menor que resultaba sumamente agradable. Sus discursos garbean por la gracia, fluidez y mesurada elegancia. “En ellos, anota Gómez Restrepo, huye del énfasis oratorio; pero en medio de esta no fingida llaneza se descubre la suprema distinción del artista”.

De Suárez, como escritor, se ha ponderado el lenguaje, la prosa, el estilo. Tres distintas realidades que, bien aunadas y concertadas, producen el milagro de la escritura inmortal.

Su lenguaje es de las mejores cepas, ahora se nutra de savia de Castilla, ahora de jugo de Indias. Fue Suárez buen catador y discernidor de vocablos. Su prosa tiene ritmo propio e inconfundible; ama la elegante sencillez; rehuye tanto el período ampuloso como el frasear azorinesco. Cervantes y Granada le embelesaban sin posible competencia; después el Padre Isla, Mateo Alemán, Fray Alonso de Cabrera; entre los modernos, el ático autor de Pepita Jiménez. Pero no trató de imitarlos, aunque la pedrería idiomática y fraseológica de tales príncipes de la castellanía le regalara sus preseas al colombiano.

Hizo también su rebusco y su agosto en las obras de los místicos y entre los cronistas de Indias. Se le ha encontrado singular parecido con Jovellanos, a quien leyó siempre con agrado y alude en el primero de los *Sueños*. Pero tampoco lo imitó. Fueron, sencillamente, almas gemelas, amantes del ritmo, del equilibrio intelectual.

Hubo quien tachara su prosa de monótona, como esos caminos de la llanura de Castilla invariablemente escoltados de chopos; como esos caminos de la sabana de Bogotá, abiertos a un paisaje uniforme, a lejanías iguales. Pero Suárez conoció su oficio y barajaba con agilidad los secretos de su arte. Ahí va su lector corriendo sin tropiezos por esa escritura deliciosa, cuando de repente le acaricia el hallazgo de un vocablo añejo, de un jugueteo conceptual, de una pulla cáustica o de una corazonada inefable.

Porque éste es el remate de sus cualidades: aquel estilo suyo, aquel aire de su vuelo idiomático y lógico, el estilo como traspunto y emanación de la personalidad entera. Todo lo suyo lo impregnó de vivencias personales, de pasión interior. En su estilo campea la perspicuidad, que, según Quintiliano, es dote primera del buen escritor. Sus cláusulas gozan de la transparencia del arroyo claro que deja ver y aun hermosea las arenas y las pedrezuelas del fondo. Pero esa perspicuidad le viene impuesta por la claridad interior y por el orden de su mundo intelectual, sin nieblas de confusión y sujeto a una sabia armonía.

Hay algo más: en Suárez el corazón rivalizaba con la cabeza. Quizá más de una vez el primero le sacó ventajas a la segunda y le trajo amarguras interiores. “La fuente de ese acíbar es nuestro propio corazón...” escribía al final del primer *Sueño*... Quiero decir que fue intelectual; pero también cordial y ambas cosas en grado superior. No sólo era sabio; ni sólo era prosador; era también artista, y aun más, estilista.

La sensibilidad aflora con sabrosa frecuencia en sus cláusulas cuidadas, hasta enhechizar, como diría Cervantes, y solicitar turbadoramente el ánimo del lector. Entonces se siente pasar por sus períodos, y a menudo cuando menos se lo espera, para mayor deleite, el soplo divino de la poesía. De ahí sus descripciones, de ahí sus ironías, de ahí la remembranza de sitios que visitó y de personas que amó y que le amaron.

Nos falta un estudio analítico de Suárez como escritor. Es tentadora la empresa de “captar nuevos estremecimientos síquicos” según la expresión de Bousoño, de dar caza a los secretos de su estilo a través del análisis cordial de sus mejores páginas. Nos está invitando lo que llamaríamos con Dámaso Alonso “un ensayo de métodos y límites estilísticos” sobre la obra de Suárez, una aproximación, a través de Suárez, al arte de su prosa, a sus venillas misteriosas, a su alcance esquivo, trascendente, y en última instancia, inasible. Así lo ha hecho Dámaso Alonso con algunos de los poetas supremos de la hispanidad; así Carlos Bousoño en su *Teoría de la expresión poética*; así Alonso Zamora Vicente, hoy catedrático de Salamanca, en su libro *De Garcilaso a Valle Inclán* y así Enrique Anderson Imbert en *El arte de la prosa en Juan Montalvo*. Cuando Rafael Maya insinuaba el fácil traslado al ritmo poético de la oración suareciana sobre la Virgen María, o cuando Monseñor Carrasquilla analizaba, a base de posibles mudanzas de expresión, uno de los párrafos de la oración sobre Jesucristo, estaban iniciando o más bien sugiriendo un procedimiento que, aplicado a Suárez con la técnica y la “querenciosa intuición” de los citados zahoríes del estilo, nos descubriría un mundo virgen, aunque sin entregarnos, porque ello no es posible, la totalidad de su arte. Siempre habrá algo que se escape a los escrutinios más sutiles.

Entre las oraciones de Suárez descuellan la que pronunció en el centenario de Cervantes, la titulada *El castellano en mi tierra*, la que dedicó a la Virgen María, a Miguel Antonio Caro, a Rufino José Cuervo, y — señera, rutilante — la oración sobre Jesucristo que trabajó durante años y que suscribirían sin rubor Luis de Granada o Pedro de Ribadeneyra.

Los elogios que alguna vez se han hecho de este discurso son muestra elocuente de tropicalismo desahogado. No traduce el discurso una vivencia mística ni constituye un tratado sustantivo de teología o siquiera de cristología. Los que tal afirman no han saludado, seguramente, los textos escolares de los seminarios. El contenido doctrinal de esta joya literaria se encuentra, simplemente, en buenos textos de apologética manejados por el cristiano instruido que fue don Marco. Para mí, su mérito se cifra en la cobertura literaria y viene a probar una vez más el poder soberano del arte y de qué manera queda consagrado para la inmortalidad aquello que ha sido ungido y perfumado por las gracias del estilo. La oración sobre Jesucristo es una creación pulquérrima, verdadero cáliz fúlgido de gemas y de irisaciones, cincelado por un orfebre que amaba rendidamente a Cristo, pensaba hondo y manejaba como arcilla dócil el habla de los místicos.

La caridad es el mandamiento nuevo, ratificado de un modo particular por Jesucristo, en el momento en que, al instituir la Sagrada Eucaristía, se dio por alimento a los hombres, en toda la realidad de su naturaleza divina y humana, en toda la plenitud de su persona infinita. En este misterio de los misterios, en este sacramento de los sacramentos, se ostenta de modo pasmoso, aterrador, el abismo del amor divino. ¿Qué diríamos, en verdad, si viviendo un pobre lázaro a la vera de un camino, bajo una triste enramada, soportando el frío del invierno y los soles del verano, sintiendo la espada de sus dolores y el dolor de verse abandonado y solo, qué diríamos si a Bonaparte le hubiera venido en voluntad, el día siguiente de su coronación, irlo a visitar y bajando de su imperial carroza, entrar en su tugurio y saludarle con estrecho abrazo y amorosos ósculos, y no sólo alimentarle y asearle, sino permitir que su propia sangre fuese transfundida en las venas de aquel desgraciado? ¿Qué diríamos al escuchar esta maravillosa historia de amor? Seguramente no la creeríamos. Pero si ella hubiese acaecido, ella sería nada comparada con el amor de Jesucristo que se une sustancialmente al hombre, porque entre éste y Jesús va la diferencia infinita que media entre Dios y nuestra miseria, mientras que entre el emperador y el le-

proso no hay, en resumidas cuentas, otra diferencia personal e intrínseca sino la salud, diferencia que dura apenas lo que tardan los obreros del sepulcro en empezar a devorar de un mismo modo al ungido de la gloria y al esclavo del infortunio.

LOS SUEÑOS DE LUCIANO PULGAR

En los últimos años apareció Suárez como luchador en el pelenque de la prensa. Venía malherido de sus dares y tomares con la política; traía el ánimo lleno de pesadumbre, huraño y amargado por la incomprensión de los hombres y por las torcidas interpretaciones que sufrían sus actos más ajustados y rectos.

Hombre de estudios y de letras, que — al decir de Fernando de la Vega — vivía idealmente en la región luminosa de las ideas puras y trataba de aplicar su sistema filosófico y aun diría su mentalidad teológica a la gobernación de una república cristiana, parece que desconocía el arte complicado de manejar a los hombres, de satisfacer a los políticos de merodeo y de combinar prácticamente la trama cositera de los negocios de Estado. De ahí, en parte, aquella popular tergiversación de sus acciones, que para él, convencido y derecho por naturaleza, se le hacía sencillamente inexplicable. Sobre ello, estaba dotado de sensibilidad ultraexquisita.

Esta sensibilidad en carne viva — de “San Bartolomé desollado” lo motejó su amigo Laureano García Ortiz — fue quizás su tragedia y su grandeza, una de las claves de sus pequeñeces y de sus virtudes. Por ella vivió en talante de pesimismo con respecto a los hombres; por ella concedió importancia excesiva a las habladurías del vulgo malévolos y de políticos y periodistas sin meollo ni seso; por ella se aisló a meditar amargas. La desolación de sus años postreros fue grande y salobre, como el mar.

Pero ella, la sensibilidad, lo hizo vibrátil para el arte y la amistad y acrisoló su espíritu para acercarse a Dios. En sus páginas mejores y en su epistolario, tan escaso pero tan entrañable, se nos entrega toda su intimidad, en su dolorido sentir y en su puro pensar. Acosado, “como fiera que agarrochan en la leonera”, para decirlo con la bella expresión de Mariana, Suárez se creyó obligado a defenderse, a vindicar su reputación,

atento sobre todo a la tranquilidad y limpia fama de sus descendientes. Y salió, hábilmente armado, como arquero infalible, a la arena del estadio. Traía la copia larga de sus estudios solidísimos en teología, filosofía, derecho, historia y letras; conocía y había sentido en llaga viva las experiencias de la vida pública; aguzaba diestramente las flechas de la ironía y del humor y barajaba los caudales de nuestro idioma opulento, como onzas de oro en juramento de rey o esterlinas en apuesta de millonario derrochador.

El 11 de marzo de 1923 *El Nuevo Tiempo* de Bogotá, publicó *Un sueño*, largo artículo en forma de diálogo, firmado por Luciano Pulgar.

Difícil era a Suárez ocultar su personalidad, aunque no creamos que lo pretendiera, bajo el velo del seudónimo. Y fácil era para los lectores bogotanos, catadores felices de las prosas más bellas de Castilla, conocer en el estilo, en las alusiones históricas y políticas y en el pensar cristiano, de qué bodega procedía ese licor sabroso de los *Sueños*. Se publicaban éstos con ciertos intervalos — hacia el fin, cada dos días — llenando dos y tres páginas enteras del periódico. Mediada la mañana, la edición se había agotado y el precio de los ejemplares se doblaba. Aquellos atenienses de los Andes los esperaban como se espera un festín. Era grato asistir a ese derroche de sabiduría, de ingenio y de sales. Y como observa Monseñor Carrasquilla, la ciudadanía bogotana, que en su mayor parte fue adversa a la política de aquel presidente provinciano, no sabía prescindir de sus *Sueños* y se rendía sumisa al encanto de aquellas páginas donosas.

Los *Sueños*, además de la defensa personal y de la exposición razonada y documentada de su obra de gobernante, tratan *de omni re scibili*. Ora es un cuadro de la naturaleza, visto y sentido por el poeta en prosa que fue siempre Suárez; ora la discriminación o aclaramiento de un idiotismo o de una ley gramatical; la historia se entrevera allí con la filosofía providencialista; la alta política expone sus normas serenas, al paso que la política menuda se desahoga o se ve fustigada con lindo desenfado en sentencias dignas de Tácito; hombres y acontecimientos van desfilando y pasan o glorificados cordialmente o

marcados con humillante sambenito; la historia de Colombia se ilumina como al influjo de mágica varita y sobre todo la fe, la Iglesia, Cristo, reciben la confesión paladina y el canto emocionado de aquel cristiano viejo, de aquel apologista sin miedo y sin tacha.

Baldomero Sanín Cano, profuso escritor antioqueño, nada gentil, nada comprensivo con respecto a Suárez, creyó ver en el humanista catalán Bernat Metge un lejano antecesor del Suárez de los *Sueños*. Metge, en efecto, escribió un *Somni* o diálogo sobre la inmortalidad del alma. Pero no hay que dejarse llevar de cotejos deslumbradores o de ciertos fáciles alardes de curiosidad libresca. El origen de esta coincidencia entre el catalán y el colombiano hay que remontarlo hasta los diálogos de Cicerón, de quien Metge aprovecha continuos e inconcesados argumentos y a quien Suárez se remite ya en las líneas iniciales del primero de los *Sueños*.

Justamente a propósito de Metge asienta Eugenio D'Ors unos conceptos sobre el diálogo, como género literario y filosófico, que encajan primorosamente con los del soñador y conversador de Bogotá.

El diálogo, dice D'Ors, es un género que parece más bien apto para la expresión de un pensamiento dirigido a la utilidad de un grupo reducido y selecto. El diálogo es propicio a la contraposición de pruebas, a la superación dialéctica, al hábil planteamiento de tesis amadas y a soluciones victoriosas que obedecen a una íntima y satisfactoria gimnasia del espíritu.

Suárez no escribió ni dialogó para un grupo reducido. Escribió para que toda Colombia, a la cual se debía, oyera sus descargos y sus razones. Pero también es cierto que para el hervidero de sentimientos, recuerdos y especies eruditas que le bullían en el alma, el diálogo constituía un desahogo necesario y una gimnasia deleitosa.

La finalidad primaria quizá sea vindicativa. Quiere exponer móviles, desnudar su conciencia, justificar actividades que la ligereza, la maledicencia y la simple oposición política se empeñaron en denigrar. Pero esta finalidad, por sí sola, se convertiría en personalismo empalagoso, así se tratase de personaje tan zambullido en la realidad del país. Por eso, además del re-

sentido o del pundonoroso, aflora el maestro en disciplinas varias, el político orientador, el erudito curioso, el apologista convencido. Los *Sueños* son exculpación, didascalía y ocio de letrado. En ellos, como en la conversación rica y multiforme de los discretos, no hay ni puede haber orden perfecto ni sistema articulado; pero sí un trasunto de todo ello, de un ritmo interior, de un pensamiento orgánico, de una vida en plenitud de facultades. Hablando de los *Sueños*, afirma Monseñor Carrasquilla, tan digno de comprender y de enaltecer a Suárez:

La riqueza de su lenguaje era asombrosa; no tanto la opulencia lexicográfica, facilísima de adquirir con el manoseo del Diccionario o de los clásicos antiguos, sino la sintáctica, en la cual Suárez no tuvo superior. No se advierte en él abundancia de vocabulario porque no empleaba el arcaísmo sino en corta medida, como la sal en los manjares, y cuando usaba alguno, lo engastaba tan guapamente en la frase, que aun el lector menos letrado lo entendía fácilmente.

Los *Sueños de Luciano Pulgar*, que la muerte le impidió concluir, corren ahora por esos mundos en doce volúmenes editados bajo el patrocinio y la dirección de la Academia Colombiana de la Lengua.

Muestra de su estilo y de su ironía sea esta descripción llena de alusiones. Lucas, nombre de evangelista como el suyo, bien puede ser el mismo don Marco. Y se llama a sí mismo *vendelibrosviejos* porque hubo de hacerlo, incluso con su Biblia Complutense, cuando la persecución y la pobreza lo acosaron. Y el papagayo, ¿quién ha de ser sino el periodista o el orador que ha tomado a don Marco por terrero de sus diatribas y acusaciones?

Había en la puerta de una pulpería, por estos lados de las Cruces, un papagayo muy flamante y ladino. Era de verle aquellos ojos de topacio, fijos y brillantes, mientras que con el corvo y plumizo pico reventaba granos o hacía libaciones en una escudilla de sopas de chocolate. ¡Qué esmeralda tan pura la de sus alas, cuyos remos se asomaban coloreados de escarlata! ¡Qué penacho tan enhiesto y altanero el que coronaba su cabeza, redonda como la del hombre y algo vana como la de ciertos periodistas! Cicerón (que así decían al loro) despachaba y despachaba granos, remojaba y remojaba la lengua redonda y seca con las sopas de chocolate o de aguardiente, acompañando estas operaciones con un monólogo muy paso y con una gimnástica no muy ágil, ejerci-

tada en el palo por medio del robusto pico y de los pies, parecidos a los del gran Quevedo. En esto se presentaba un vendelibrosviejos, muy conocido, llamado Lucas, a quien Cicerón profesaba aversión gratuita, quién sabe por qué magnético influjo o por qué metempsicosis de periodista, y aquí era el gritar: “Perro, perro ladrón, daca la barca, bellaco! ¡Señor agente, agarre a ese malandrín! Daca la barca, perro, perro!”. Lucas, entonces, arrojando a un lado el lío de cartillas, aritméticas y almanaques, arremetía contra el orador; pero la dueña del papagayo se interponía muy calmada y contenía al librero ambulante, diciéndole: “No hagas caso, hombre, ¿no ves que Cicerón no cree lo que está diciendo? Entra por tu refrigerio”. Y el refrigerio calmaba la ira, silenciaba la oratoria e instilaba un poco de paciencia, de esa paciencia que, diga Cayo lo que quiera, es un grande elemento en la vida. (Cfr. *El sueño de los apaches*, en *Sueños de Luciano Pulgar*, 2ª ed., vol. VII, Bogotá, Librería Voluntad, 1942, págs. 310-311).

Alguien dijo — si mal no recuerdo Pierre Loti — que “la gramática y la belleza son enemigas”. Suárez, clásico de alma, supo armonizar el canon y la inspiración, la gramática y la belleza. Fue su logro, lo que le otorga pasaporte para la academia de los príncipes del idioma.

HOMBRE DE CRISTO

En Marco Fidel Suárez antes que el escritor está el hombre y avasallando al hombre, el cristiano. Ya aludimos con D’Ors a esa intuición central y matriz que rige a los grandes pensadores y es razón de todo su obrar. Buceando en el ánimo y en el hacer de Suárez descubriremos que su intuición matriz fue la fe católica, pero una fe operante, como de cristiano íntegro. Hoy, resucitando un lenguaje de la más ilustre raigambre escrituraria, se nos habla del cristiano *t e s t i g o*, del que da testimonio de la Luz con la autenticidad de su vida. Eso traería de bueno esta época de pragmatismo y vitalismo: el exigir que la fe se nos haga práctica y vida de todos los momentos.

“Las palabras — escribió monseñor Prohaszka — han pasado de moda. El mundo escucha soñoliento y desconfiado las hermosas frases, y desea hechos. El primer hecho es la vida. El hecho supremo es la vida cristiana. *Non magna dicere, sed magna vivere*. No decir cosas grandes, sino vivirlas es, según

San Cipriano, el estilo grandioso del cristianismo. Queremos hombres cristianos que confiesen su fe; que acudan a la iglesia, que recen y *magna vivant*, vivan conforme a la moral. Uno solo de estos hombres vale por toda una apología; su vida irradia la fuerza de los principios". A estos cristianos testigos perteneció, a lo largo de su vida, Marco Fidel Suárez.

La fe es regalo de Dios; pero puede y exige ser cultivada. Suárez nació en aquella Antioquia patriarcal de 1850, reclusa en la clausura de sus montañas, entregada a las pacíficas tareas campesinas, señoreada todavía por las usanzas cristianas que implantaron los primitivos colonizadores españoles. Tierra de patriarcas prolíficos, de hogares morigerados, de tradiciones austeras. Desde niño, en la chocita pajiza y desmantelada, sus ojos se posaron sobre aquellos cuadritos, clavados en la pared, que adornaban la cabecera de su cama: Nuestra Señora, San José, San Luis Gonzaga. Invitaciones tempranas a la pureza y al trabajo. La aldeana purísima de Nazaret, el artesano silencioso, el marquesito de Italia, con una inefable pedagogía, le señalaban ya rutas aéreas para los vuelos más altos del espíritu.

Su madre Rosalía — su abejita dorada — y los curas del pueblo de Hatoviejo, aquellos curas que él recordará siempre, agradecido, le infiltraron para toda la vida el genuino *sensus Christi*, que nunca le abandonó y que nutrió su ánimo y sus empresas. Y quiso la Providencia, que lo estaba configurando para destinos de altura, que a ese cálido *sensus Christi* viniera a sumarse el *rationabile obsequium* de que habla también San Pablo. Para ello, gracias a la bondad y altruísmo del párroco de Hatoviejo, Suárez ingresó en 1869 en el seminario de Medellín, que le formó la mente y el corazón y hoy lo enumera entre sus alumnos ungidos por la inmortalidad. Al seminario llegó el aldeanito, con sus humildades y timideces, soñando en el sacerdocio, en el Cáliz, en la Hostia, en el púlpito; en la vida hecha meditación, oblación y magisterio para edificación de muchos. Trazas de Dios que, por sus caminos, iba forjando al testigo, al apologista, al hijo apasionado de la Iglesia, al gobernador cristiano. Suárez, atestigua Monseñor Carrasquilla, hizo "estudios tan extensos como profundos en la ciencia religiosa, principalmente en lo tocante a las relaciones entre la ética cris-

tiana y las disciplinas del derecho, entre la religión y la política, entre la Iglesia y el Estado. Quien se halle, en lo que mira a estos asuntos, cerca de las ideas del señor Suárez se encuentra cerca de la verdad, y quien se conforme con ellas, se identifica con las enseñanzas de la Sede Apostólica”.

Truncada su carrera eclesiástica cuando ya se acercaba a los júbilos de la primera misa, Suárez dejó el seminario llevándose consigo un tesoro de saberes y creencias sólidas que le abastecieron copiosamente para la sustentación de la propia fe, para el florecimiento de su vida espiritual y para defensa de la Iglesia.

En febrero de 1919, el aldeanito que había salido de Medellín para Bogotá, a pie y sin más riqueza que sus ilusiones, tornaba de Bogotá a Medellín con el tricolor al pecho, como Presidente de la República. Entonces visitó su seminario y oyó la salutación, los elogios y los votos de prosperidad que le brindaban el señor Rector y el señor Arzobispo Caycedo. Suárez, totalmente invadido por la emoción, respondía:

Después de ocho lustros he llegado conmovido a estos umbrales, he penetrado en esta casa, he vuelto a verme en este hogar bendito. Lo registro con los ojos, lo pongo a los diversos visos del recuerdo, y siento en mi corazón una emoción tan profunda y a la vez tan suave como pocas veces he experimentado en mi vida. La curiosidad se confunde así con la ternura, la gratitud se mezcla con la tristeza, y la voluntad tiene que esforzarse para impedir el curso a las lágrimas.

Aquí, desvalido y pobre, recibí del Ilmo. señor José Joaquín Isaza, varón austero y sabio, el pan de la instrucción y el ejemplo de sus virtudes. Aquí tuve la dicha de ser protegido y educado por el Ilmo. señor José Ignacio Montoya, prelado que fue ejemplar de hombres prudentes... Yo estudié ciencias eclesiásticas en este seminario y reconozco que a ellas debo la fijeza de mis principios. Si algo necesario hay en la vida es esa fijeza que modela el carácter del hombre y la fisonomía de su alma; que le evita las vacilaciones traidoras al deber y que en las oscuridades de su existencia lo iluminan... Puedo decir que tras largos años he guardado mi fe, y he guardado también las racionales consecuencias de esa fe que no cambian las vicisitudes y que se fortalece con el dolor...

Digamos algo del testigo de Cristo. Si ha vivido en Colombia hombre alguno carente de respetos humanos ése fue Marco

Fidel Suárez. No recibió en vano el don supremo de la fe ni dejó infructuosa la semilla sobrenatural de la gracia, ni sufrió que su teología se le petrificara en el cerebro sin bajar a irrigarle el corazón y empaparle toda la vida hasta en sus menores detalles.

Fue cristiano de un solo bloque, de los que desconocen cisura entre la creencia y la vida. Hombre de Cristo siempre: en su pensar y en su obrar; en la intimidad de la familia y ante la mirada de los hombres. Los Sacramentos, canales de la gracia, no fueron para él ritos exteriores sin contenido ni sentido. De joven y de anciano, en su hogar y en el palacio de los presidentes, él confesaba muy a menudo y comulgaba diariamente. Todavía hay en Bogotá quienes lo vieron en hacimiento de gracias, de rodillas ante un crucifijo grande y con los brazos extendidos. Para católicos desteñidos y paganizantes, un espectáculo de risa y conmiseración. Para tiempos de cobardía, un ejemplo y un latigazo a los católicos vergonzantes. Fue lo que en lenguaje ascético llamamos un fervoroso. Y en ello corre parejas con el sabio Cuervo. Vale decir: cristiano de meditación profunda, dominado por el pensamiento de la presencia de Dios, conocedor experimentado de la eficacia de la mortificación voluntaria. "Porque mi Amo, me decía hace poco el anciano Padre Núñez S. I., director espiritual de Suárez, mi Amo — y esto ya se puede decir — usaba disciplina y cilicio".

Ahora vendrá el psiquiatra racionalista y sacará de ese hecho quien sabe qué ridículas conclusiones. Pero en favor de Suárez está toda la tradición cristiana, todo el santoral y las palabras de Cristo: el que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo... Como su amigo el incomparable don Rufino José Cuervo, como tantos hombres ilustres, Suárez fue gran devoto de San Francisco de Asís y terciario franciscano, pero no con ese franciscanismo endeble que nos han querido vender ciertos poetas decadentes, franciscanismo de exhibición y morbosos, estilo D'Annunzio, sino con aquel otro que se traduce en caridad, humildad y beneficencia.

Ceñido del cordón, Suárez no se ruborizó de pasear por las calles de la capital el estandarte del *P o b r e c i t o*, cuyos ejemplos celebró durante el centenario en bella oración pronuncia-

da en el templo de la Orden Tercera. Y más, erogó el fruto de alguna de sus obras literarias en favorecer hospitales. De ahí que muriera en pobreza franciscana.

Sopla hoy por el mundo un huracán suscitado por el Espíritu Santo: el interés, la devoción por la Iglesia. Estamos viendo, gozosamente, una era eclesiológica. Suárez tuvo, como pocos, lo que hoy se llama sentido eclesiológico. El cual es fruto de la conciencia de la fe. "El que tiene fe, ha escrito Jean Guilton, en su discutida obra *La Virgen María*, se entrega a una relación íntima, no sólo con lo invisible, sino también con seres personales que habitan este invisible y que le parece que envuelven, mueven y prestan ayuda a su alma". Así se explica la devoción de Suárez a Nuestra Señora, su aprecio de los santos y de las reliquias, que él veneraba en notable cantidad, y sus recuerdos emocionados para con los amigos fallecidos. Estos no eran tan sólo una expansión cordial; eran a menudo un grito de fe y de esperanza. En pocos prohombres de Colombia se admira, como en Suárez, tal sentido, amor y voluntad de Iglesia. Militó con la militante, y celebró sin tapujos a la triunfante. Lo atestiguan sus elogios de Don Bosco, San Juan Bautista de la Salle, San Ignacio, Santo Tomás de Aquino, el *Sueño de San Javier*.

A Nuestra Señora profesaba un cariño como de hijo. Aquí, en mi escritorio, conservo, como reliquia preciosa, la imagencita de Nuestra Señora del Rosario, venerada en el nativo Hato Viejo, que Suárez guardaba siempre en su cartera, muy cerca del corazón. En 1919, cuando la Virgen de Chiquinquirá, en inolvidable congreso mariano, fue coronada y proclamada Reina de Colombia, se vio al presidente Suárez, confundido con el pueblo, en la Basílica Primada, rezar el rosario ante el lienzo milagroso, al que ofreció también el tributo de una oración, enhebrada de consuno por la teología, la historia y la poesía.

"Mi rosario, decía en el *Sueño de Cartagena*, me agrada y agrada durante mi anochecer de ahora y durante el anochecer de mi vida...". En efecto: con él se consoló en su última enfermedad; al levantar su cuerpo, encontraron el rosario bajo la almohada.

Además de fervoroso, fue un convencido y un entusiasta.

Sentía el gozo de su fe y de la posesión de la verdad. De ahí surgió el apolo g i s t a.

En Colombia se le ha considerado como uno de los más descollantes, a la par de Ortiz y de Groot. ¿Lo fue en verdad? ¿Hasta qué grado? Podríamos distinguir tres clases de apolo g i s t a s. El tratadista sistemático, a ejemplo de los ya clásicos autores Hilaire o Negueruela. No son, a las veces, ni los mayores ni los más eficaces, pero son altamente meritorios, particularmente para instrucción de los sencillos. Vendrán después los que dedican gran parte de sus escritos a la defensa de la fe. A esta categoría pertenecen Bossuet en Francia, Newman en Inglaterra, Donoso Cortés y Jaime Balmes en España. De este último nos dice su biógrafo el Padre Casanoves S. I. que es esencialmente apolo g i s t a, no sólo porque la religión era el fin primario entre todos los fines que se proponía en sus múltiples trabajos literarios, sino porque en la ejecución de cada obra todo su cuidado se enderezaba a encontrar el nexo que ella tenía con las verdades del orden religioso y moral. Finalmente, son también apolo g i s t a s los que aprovechan las buenas ocasiones que se les presentan para ilustrar o defender la fe y hablan siempre con esmerado sentido de ortodoxia. Tales, como ejemplos ilustrísimos, Manzoni y Ferrini en Italia; Ozanam en Francia; Menéndez Pelayo y Vázquez de Mella en España; Ortiz, Groot, Juan Pablo Restrepo, Caro y Suárez en Colombia.

Católico, expositor de la verdad y apolo g i s t a, Suárez no perdió ocasión de actuar como tal. No dejó una obra sistemática, ni sus escritos son exclusivamente o en su gran mayoría religiosos; pero su fe y su religión le imbuían todo; a la fe y a su religión lo subordinaba todo.

Recordaba Monseñor Carrasquilla que, para con los errores opuestos al dogma revelado, el ilustre apolo g i s t a fue de una intolerancia absoluta. Así su refutación del positivismo, su activa campaña contra las enseñanzas de un filósofo ecléctico de apellido Rothlisberger, que quiso deslumbrar con sus teorías a los bogotanos, y aquel su *Sueño de Renán*, flechado con maestría contra el apóstata de suavidades felinas y sus admiradores y secuaces del trópico. ¿Cuál es el *Sueño* suyo que no roce un punto de la doctrina cristiana, que no ostente una puntadilla

religiosa, que no se alumbre con la lámpara indeficiente del Padre Astete?

Consulte el lector los doce tomos de los *Sueños de Luciano Pulgar* y colija por sí mismo la seguridad de la doctrina, la claridad de la exposición, la dialéctica convincente y el fervor religioso que resplandecen en los sueños que llevan por título: *del partido católico, de Renán, del señor Vasconcelos, del fracaso, del carbonero, del fuero eclesiástico, de la masonería, de las logias, de Monseñor Brioschi, de la justicia, del comunismo, de las escuelas, de García Moreno, del virrey Solís, del Syllabus, de San Javier o de Chiquinquirá.*

Se ha dicho que ningún colombiano, desde Bolívar hasta nuestros días, fue más lógico consigo mismo ni más leal a las normas doctrinarias que apacentaron su mente juvenil. En su ideario, en su vida, como en la de Miguel Antonio Caro, todo es línea recta, sin curvas morales ni vacilaciones ideológicas.

Mas no se vaya a creer que su intransigencia o su adhesión irrevocable a las verdades religiosas lo tornaran incomprensivo o huraño. El no ocultó, ni tenía porqué ocultar, su admiración irrestricta hacia aquellos varones de la Patria que, sin sostener con él concomitancias o afinidades ideológicas, sí sobresalieron descolladamente como letrados, caudillos o gobernantes.

Hubo fanáticos o asombradizos que le echaron en rostro, como una fea claudicación, sus elogios a Murillo Toro y a Uribe Uribe, su amistad indeclinable con el claro patricio doctor Esguerra. Pero Suárez, como hombre magnánimo, ensanchaba su corazón para acoger a todos los egregios; como justo, se inclinaba ante el mérito empeñosamente logrado; como patriota, se complacía en reconocer los servicios y los sacrificios de cuantos forjaron el patrimonio colombiano, y como cristiano aplaudía sin distingos banderizos los heroísmos, las virtudes y los valores espirituales de sus mejores compatriotas. Sus nortes supremos fueron siempre Dios y Colombia.

Supo también aliar la benevolencia con la firmeza de sus convicciones religiosas.

En el *Sueño de la oligarquía* aludía a "mi para los otros prurito, y para mí mismo obligación de hacer lo que pueda y decir lo que pueda como republicano y católico en bien de mi

causa política y de mi fe religiosa". Para ello no desperdicia coyuntura que se le brinde. Los liberales de Colombia, sus adversarios políticos, le deben a Suárez el bellissimo elogio del presidente Murillo Toro. En ese elogio, el presidente paria extremo la benevolencia, pero no cedió un ápice de sus principios y formuló una declaración paladina de su fe:

Reformador insigne, patriota esclarecido: no extrañes que hoy como en tus días, los afiliados en el campo opuesto al tuyo, sigamos defendiendo el reconocimiento oficial de la doctrina cristiana y de la Iglesia que la custodia; porque experimentalmente se comprueba, hoy más que nunca, que esa doctrina y esa institución son para el mundo el único influjo divino en favor de la justicia, que está huyendo de la tierra; en favor de la caridad, que sólo puede provenir de Jesús, Dios Hombre, Dios obrero, Dios de la pobreza y el trabajo.

En cierta ocasión — ello sucedió en noviembre de 1915 — el eminente polígrafo don Luis Eduardo Nieto Caballero escribió un artículo con el mote de *Antioquia conservadora*, que hirió los sentimientos regionales de algunos connotados antioqueños. El propósito, en verdad, había sido laudatorio; pero no todos alcanzaron a comprenderlo así. En semejante coyuntura, el doctor Nieto Caballero nombró árbitro e intérprete del escrito al señor Suárez, gloria máxima de las montañas de Antioquia. Y hay que confesar que lo hizo en hora buena para nuestra comarca y para todas las letras castellanas y, particularmente, — es lo que ahora nos interesa verificar — para los fueros de la verdad católica. Sorprendía al señor Nieto Caballero que en Antioquia una censura eclesiástica alcanzase a proscribir un libro y a interrumpir una enseñanza. Para el señor Suárez, el hecho no era más que aplicación exacta y consecuencia lógica de las creencias religiosas. "Antioquia, escribía, es un pueblo católico, es decir, que en su mayoría profesa la revelación de Jesucristo Dios y Hombre; por eso mismo cree en la Iglesia, depositaria de esa revelación; por eso mismo conoce el magisterio de la Iglesia; por eso mismo cree que los obispos están puestos por el Espíritu Santo para regir la congregación de los fieles; y por eso mismo está convencido de que ellos tienen misión de enseñar, es decir, de señalar lo que es verdad y lo que es error. Todo esto es del fuero de la conciencia y del do-

minio de la autoridad espiritual". Y concluye Suárez con una intención docente rayana en la malicia: "¿Cuál es mejor, seguir esta norma y este sistema, o creerse uno muy católico y plantearles discusión al Papa y a los demás obispos? Claro está que lo primero es lo mejor, porque es lógico, porque es consecuente, porque es sincero, porque es varonil y porque es sistema, y el sistema es el pan y el ambiente del espíritu. La contradicción, la inconsecuencia, lo indefinido, la falta de principios, la amalgama del sí y el no, la confusión de ideas tomadas unas veces del credo y otras de una filosofía descosida y liviana, todo eso constituye para el entendimiento una enfermedad, para el individuo una desgracia y para el pueblo un peligro". Así habló el árbitro. Así enseñó el apologista.

La mezcla de lo político y lo religioso, tan delicada en Colombia, inquietó no pocas veces el ánimo de nuestro pensador cristiano y solicitó su atención y sus estudios. *El sueño del partido católico* se tituló el sexto de toda la serie. Recuerda que don Mariano Ospina publicó en el tomo quinto de su periódico *La Sociedad* un estudio sobre el partido católico, compuesto de ocho artículos muy extensos y analíticos. La conclusión era clara: puede haber ocasiones y situaciones en que el gobierno, las leyes y algún partido perseguidor justifiquen y hasta hagan obligatoria, por motivos, deberes y fines de defensa natural, la organización del partido católico; pero en sus días Suárez no la juzgaba conveniente para la comunidad colombiana y católica. Regía entonces un concordato ejemplar, las dos potestades procedían en armonioso acuerdo, y el partido conservador, "político en la forma y católico de hecho", podría y debería encargarse de defender los derechos e intereses de la Iglesia a la cual pertenecen la inmensa mayoría de los colombianos.

Suárez fue jefe del partido conservador. Pero obsérvese bien: Suárez antes que miembro de un partido — en su caso, el conservador — era católico. Sus ideas políticas las apoya sobre los principios religiosos. Eugenio D'Ors en su *Nuevo glosario*, y a propósito de Andrés Révész, nos dice que este comentarista y crítico de las luchas políticas contemporáneas no podía contentarse, naturalmente, con el grosero método de orientación que se reduce a distinguir y separar lo que se llama

‘la derecha’ y lo que se llama ‘la izquierda’... No; esto, para un barloventeado costero, puede bastar. La navegación de altura necesita de instrumentos de más complicación, de más fineza, de más precisión, para las rutas y tempestades de la política. Suárez se orientaba por la luz de aquellos tres montes de que habló tan lindamente en uno de sus *Sueños*: el Sinaí, el Calvario y el Vaticano.

Un día, ya hacia el fin de sus jornadas, el señor Suárez recibió de la Juventud Católica de Caldas, representada por el señor general Jaramillo Isaza, el precioso obsequio de una tarjeta de oro. Suárez dejó hablar el corazón y dijo cosas bellísimas de Cristo, ideal de la juventud. Aludiendo a la política, que fue un campo de combates y su fuente de amargura, decía:

La Juventud Católica de Caldas, al par de las demás asociaciones de su clase, posee en su ideal de fe y de conducta el medio de guiar a ésta en las dificultades y problemas de orden político y social. Los problemas de esta clase no son los que deben determinar la actitud religiosa de la juventud, subiendo de la llanura al monte sagrado, sino que al contrario las condiciones religiosas de la Juventud son las que deben servirle para iluminar sus deberes y derechos políticos bajando de las alturas del sagrado Ideal al campo de las actividades ordinarias...

Así enseñaba Suárez; así ejercía su acción católica bajo las normas de los Pastores. Porque ésta fue una característica de su magisterio: no arrogarse autoridad docente, no sustituir ni sobreponerse a los preladados y sacerdotes. Protesto, decía en el *Sueño de San Javier*, “mi fe de carbonero y la resolución que mantengo formada de no chistar ni mistar, tan luego como me dé la saludable voz de ¡alto! la autoridad a quien debo obedecer...”.

Y es que, digámoslo claramente, Marco Fidel Suárez fue y se declaró clerical. En el libro, tan jugoso y tan denso *Ilustración y valoración*, del meritísimo profesor Abel Naranjo Villegas hay un concepto que conviene dilucidar y puntualizar. Refiriéndose a Colombia, “uno de los países hispano-americanos en donde predominan las formas religiosas más espectaculares”, asienta que “si hacemos un balance radical, nos encon-

traremos con que nuestros escritores han movido su pensamiento únicamente en la zona del clericalismo o anticlericalismo". Idéntica afirmación acaba de asentar José Luis Aranguren con respecto a España. Pero concepto tan rotundo y en pluma de escritor tan mesurado como el doctor Naranjo Villegas, levanta en el ánimo una nube de interrogantes.

¿Es ante todo, una afirmación peyorativa? ¿Qué quiere decir, con precisión, moverse en la zona del clericalismo? "Porque una cosa, decía Pío XII en su célebre discurso del 2 de noviembre de 1954, es ser adulto y haber dejado la mentalidad de niño, y otra ser adulto y creerse, por lo mismo, fuera de la guía y gobierno de la autoridad legítima". ¿Corresponde ese concepto a una realidad que pueda verificarse con el ejemplo de todos nuestros grandes escritores, empezando por Caro, Cuervo, Gómez Restrepo o Valencia? ¿Les pesó de tal manera el que hoy llaman paternalismo clerical, que sólo obedecieran a sus consignas, o tuvieran exclusiva formación eclesiástica, o vivieran en talante de aprendices o seminaristas perpetuos? ¿Les exigía la hora y el ambiente histórico en que estuvieron insertos "la aportación de un pensamiento original de estirpe profundamente religiosa"? ¿En cultura, en política, en sociología, ha sido en Colombia tan poderoso el magisterio, el influjo clerical, hasta el punto de someter a su órbita a todos nuestros pensadores más egregios? La palabra *anticlerical* está perfectamente contorneada. Y tan sólo admite matices subjetivos de aplicación según sea quien la profiera. No así la palabra *clerical*¹, que se ha vuelto compleja y se colora de las acepciones

¹ Para justipreciar el sentido de *clerical* hay que saber quién lo usa y qué acepción le concede. Diríamos que hay que buscarle el soporte subjetivo. ¿Quién lo emplea? ¿Es católico? ¿Vive, además, plenamente su fe? Porque hay católicos ulcerados o de pacotilla. En boca de cristianos desteñidos, *clerical* podrá equivaler a un mote. En boca de hombres señoreados por el *sensus Christi* será un elogio envidiable. Es curioso el proceso semántico de este vocablo, tal como nos lo describe el Padre ANDRÉ GODIN S. I. en el libro *Problèmes de formation religieuse* (París, 1946).

Desde que Gambetta, en 1877, pronunció con el énfasis de la época su célebre apóstrofe: "el clericalismo, he ahí el enemigo", los vocablos *clerical*, *clericalismo* han evolucionado no poco. El Diccionario de Littré (Hachette, 1863) sólo registraba *clerical* en sentido afirmativo: propio del clero, favorable al clero. En el suplemento de 1877, *clericalismo* ya es presentado como neologismo: "tendencia a subordinar la autoridad temporal a la eclesiástica". Hacia 1906 el *Nouveau Larousse illustré*

más divergentes y aun contradictorias. Ya es un síntoma inquietante el que sea preferentemente el vocabulario eclesiástico el sometido a los ataques y a la rapiña más desaprensiva. También es verdad que la crisis de los vocablos suele corresponder a la crisis de los conceptos y de los espíritus. En reciente libro hace notar Aranguren cómo palabras que parecerían tan delimitadas y netas cuales son *religión*, *justicia* contienen una peculiar ambigüedad, intrincada y difícil; porque detrás de esos vocablos están atrincherados nada menos que Lutero y Calvino, San Agustín y Santo Tomás con sus respectivas construcciones teológicas. Antaño, con sólo decir *laico*, *místico*, *clerical*, que-

decía: "*Clericalismo*. Conjunto de opiniones favorables al clero, a su acción, a su influencia. *Clerical*: partidario del clero (en mal sentido)". El sentido peyorativo se iba intensificando.

Ultimamente, los mismos católicos han acabado por aceptar el sentido peyorativo y los auténticos clericales han recogido de sus adversarios el matiz y el contenido odioso del vocablo. Pero han sido particularmente los católicos de Francia, solar e invernadero del liberalismo. Así, Monseñor Picard, en discurso pronunciado en Lieja en 1928 decía: "El clericalismo, según la significación odiosa que le han dado los adversarios del catolicismo, es un catolicismo presumido, que aspira a profanas ventajas y se sirve brutalmente de los medios temporales". Hoy, prácticamente, cerrada la curiosa evolución semántica que le brindó muy gustosamente a nuestro egregio filólogo antioqueño el Padre Félix Restrepo, sucesor de Suárez en el sillón de la Academia Colombiana y autor de un tratado de semántica hasta ahora no superado en español, hoy el clericalismo es un defecto reconocido y admitido por muchos, una especie de vaga y compleja desviación de la vida religiosa. El sentido primitivo va cayendo en desuso. Predomina ya el peyorativo. Así Mauricio Faigneux escribe en la *Revue Nouvelle*, tan conocida por tendenciosa: "En la crítica existe también un clericalismo, y yo vigilo expresamente para no caer en él". Querrá decir que para emitir sus juicios en arte o en letras se propone prescindir de los principios éticos, morales o sobrenaturales que pudieran aducir los clérigos! ¡A dónde puede llevar el temor al fantasma del clericalismo! Pero el copete a estas citas que prueban la completa evolución del vocablo lo va a poner un jesuita que ha escrito hace poco: "El clericalismo, es decir, la suficiencia de una religión en su estructura, la pretensión de ser, por identidad y no sacramentariamente la religión, es el primordial enemigo interior de que todo cristiano debe cautelarse". Como suena. Al correr de los días, este buen Padre Jean Clémence, clérigo de la Compañía de Jesús, viene a darle razón a Gambetta y a mostrarse más radical y aun más extremo que el fiero anticlerical que tantos ríos de tinta hizo fluir por las péñolas de los apologistas franceses. Y ahora tenemos que don Marco Fidel Suárez, Presidente de la República de Colombia, que tomaba muy en serio su fe y conocía muy bien su idioma, paladinamente se confiesa *clerical* e intenta razonarlo. En *Un sueño de varias cartas*, dialogan así Aníbal y Luciano:

"ANÍBAL. — A mí no me desagrade, antes me place, que Pulgar trate de defenderse con tesón y aun terquedad; ni llevo a mal sus gramatiquerías, por muy apartadas que estén ellas de mis gustos y ocupaciones; pero lo que sí me desazona

daba el concepto perfectamente delimitado. Hogaño, esos y otros vocablos semejantes andan desorbitados y se han tornado peligrosamente escurridizos y equívocos. Nuevo indicio, sin duda, de eso que se ha llamado "la irreligiosidad estructural" de nuestro tiempo.

Respetuoso de la jerarquía, para sus determinaciones, aun algunas que pudieran parecer de exclusivo carácter político, consultaba a su prelado, que lo fue siempre en Bogotá el Ilmo. don Bernardo Herrera Restrepo, varón de consumada pruden-

en extremo es el clericalismo de mi paisano, asunto que, dados los antecedentes de Pulgar, consiente, sin embargo, cierta distinción reconocida por mí. Es natural que él viva agradecido a sus bienhechores, la mayor parte de los cuales perteneció a la clase sacerdotal, pues benefactores suyos fueron el ilustrísimo señor Isaza, el ilustrísimo señor Montoya, el canónigo don Sebastián Emigdio Restrepo, el canónigo don Joaquín Bustamante, los presbíteros don Baltasar Vélez, don José María Acosta, don Jesús María Mejía y quién sabe cuántos más sacerdotes que lo favorecieron con su apoyo en forma muy generosa. Eso debe ser así y yo lo aplaudo.

"Pero que de allí pase Pulgar a un campo extremo, convirtiendo gratitudes determinadas en verdadera manía fanática que le perturba la razón y le hace desacertar en materia de crítica, eso es lo que yo deploro y repruebo.

"Vean ustedes: si por política va el asunto, allí está la afición de Luciano a los clérigos, cuyos abusos trata de defender o paliar; si por historia va, allí se quema las pestañas para exaltar a esos individuos; y hasta en puntos de lenguaje o de otras materias, se da siempre maña de presentar a los de la tribu de Leví como autoridades y maestros. No, amigo, lo que tú haces de ese modo es colocarte en el extremo contrario al que han ocupado los clerófobos: tan parcial y tan fanático resultas tú como ellos.

"LUCIANO. — Límpiase esas gafas, amigo, y no te espantes si te digo que todo católico que lo sea de verdad y que tenga ideas exactas de lo que son la religión, la Iglesia y el clero, debe ser clerical, si por este nombre se entiende un partidario convencido del sacerdocio. Mi proposición es que el hombre que profesa y procura cumplir la doctrina de la Iglesia debe ser clerical; y la demuestro en abstracto y en concreto.

"No siendo la revelación y la redención, que realizó Dios Hombre, cosas aéreas y flotantes en el mundo de las ideas, deben verificarse por medio de la Iglesia, fundada por Cristo; y no siendo la Iglesia una congregación indeterminada y sin cabeza, debe regirse e ilustrarse por el sacerdocio, el cual viene a ser de este modo un personal privilegiado, que sirve a la revelación por oficio y que coopera como ningún otro cuerpo para hacer efectivos los frutos del Evangelio. Luego todo fiel debe ser partidario de la clase sacerdotal, porque si no lo fuera, no lo sería de la Iglesia, y no siéndolo de ésta, sus vínculos de fe y de caridad serían imaginarios" (*Sueños de Luciano Pulgar*, 2ª ed., t. IV, Bogotá, Librería Voluntad, 1941, págs. 155-156).

La demostración concreta se apoya en numerosos testimonios de la historia pagana y cristiana, ilustrados por la obra social, cultural y política de eminentes sacerdotes.

cia y de firmes decisiones. Quería él proceder en todo alumbrado por las normas de la moral cristiana. Sabía, con Donoso Cortés, que debajo de cualquier problema suele ocultarse una cuestión teológica. Una de sus grandes preocupaciones patrióticas fue que “los partidos políticos de Colombia se resolvieran a dar un ejemplo de patriotismo y de cordura resolviendo la principal de sus diferencias en forma civilizada [...] El punto de partida de esa empresa sería reconocer la necesidad, coexistencia, independencia y amistad de las dos autoridades, de acuerdo con las leyes y convenciones vigentes. Ese reconocimiento por obra de todos los partidos no implicaría contradicción alguna, porque se haría en nombre de las creencias de los más y del criterio político de todos...”. ¡Nobilísima empresa! ¡Ilusión todavía lejana para desgracia de Colombia! Pero don Marco lo intentó. “Pedí licencia al Primado para hablar de estos negocios con algunos liberales notables, y su señoría me la concedió...”. ¿Es esto moverse en la zona de lo clerical o es simplemente guardar el sentido de jerarquía?

Hay más; su pluma, tan ágil y tan razonada, estuvo siempre lista a defender los derechos y el prestigio del clero, del episcopado y del mundo de Su Santidad cuando periodistas inconscientes e impulsivos o políticos puntillosos pretendieron perturbar la paz religiosa y la armonía entre los dos poderes. ¡Qué páginas tan valientes aquellas de *La enorme injusticia* en defensa de Monseñor Brioschi, Arzobispo de Cartagena de Indias! ¡Qué razonado, comedido y al mismo tiempo indignado aquel su *Sueño del fuero eclesiástico* en defensa de Monseñor Vicentini, Nuncio de Su Santidad, con ocasión de un incidente de etiqueta ocurrido durante una premiación en el colegio de San Bartolomé... Monseñor Vicentini, según me lo dijo en Roma, guardaba de Suárez un recuerdo imborrable, como de hombre nimbado por la sabiduría y la piedad.

Mas no se crea que su clericalismo le llevara hasta paliar las inevitables curvas o deficiencias que pudieran aparecer en la vida de algunos eclesiásticos. El 5 de diciembre de 1897, el Ilustrísimo Señor Peralta, Obispo de Tunja, junto con el seminario, se acercó a las urnas electorales a emitir su voto. Ello ocasionó gritos e insultos bochornosos de parte de algunos fa-

náticos. El 5 de enero comentaba Suárez en *El Nacionalista* de Bogotá:

Pero el presidente, se dirá, no es persona sagrada, mientras que sí lo son el seminario y el Ilustrísimo Señor Obispo de Tunja, contra quienes se pronunciaron los gritos del 5 de diciembre. Concedido: admitamos que sea lícito ultrajar al presidente; pero desde que el seminario y el clero se resuelven a bajar a la arena eleccionaria no pueden esperar que se les trate con los miramientos acostumbrados, sobre todo si tienen la desgracia de que se les imputen manejos ilegales. Una señora que por veleidad, higiene o caridad determinase bajar al circo a luchar con animales bravíos, no podría reclamar en su favor las consideraciones debidas a su sexo. Simón Bolívar, dijo que aquí las elecciones son batallas; Rufino José Cuervo acaba de escribir que la política es diosa sin raciocinio y sin corazón. Si al clero le viene en voluntad usar de sus derechos para bajar al nivel de los ciudadanos laicos, vístase túnica de amianto a fin de que no lo quemén las llamas, enciérrese en muro ambulante si no quiere que Siva lo devore...

Y el 26 de marzo de 1898 reiteraba así la exposición de su pensamiento:

Siendo la política militante el campo por excelencia donde riñen y se encuentran las ambiciones, las cóleras y las venganzas humanas, y donde se usan a veces las armas de la injuria, de la difamación y de la calumnia, ella debiera ser extraña a las personas sagradas, cuyo carácter, deberes y misión son incompatibles con aquella clase de sentimientos y de prácticas... Ahora mismo, ¿no es verdad que la malhadada ráfaga política que ha entrado del foro al templo está agitando las luces del santuario?

No pocas veces los adversarios políticos del señor Suárez sacaron a relucir estos pensamientos y estas expresiones para echárselas en cara como brotes de sentimiento anticlerical. Así *El Tiempo*, en 1911; varios periódicos de Santander en 1913 y el ex-presidente republicano Carlos E. Restrepo, en la revista *Colombia*, de Medellín, hacia 1923.

Suárez explicó su pensamiento y su actuación en varias ocasiones: en carta de 2 de mayo de 1911 a *El Tiempo*; en carta de 12 de junio de 1913 al Reverendo Padre Félix Restrepo S. I., director de *Horizontes*, de Bucaramanga, y en *El sueño de la*

oligarquía de 31 de julio de 1923. Su pensamiento, al respecto, puede compendiarse así:

El clero posee en todo tiempo el derecho de votar. Esa facultad puede convertirse en deber afín del martirio, siempre que los intereses y derechos de la religión y de la Iglesia estén comprometidos en la lucha política. Cuando ese supuesto no se realiza, cuando en el fondo de la cuestión electoral no está la cuestión religiosa o eclesiástica, entonces queda la simple facultad, cuyo uso puede el clero y pueden los fieles calificar de acuerdo con la prudencia, la caridad, las necesidades sociales, las costumbres públicas.

En aquel entonces, 1897, gobernaba Miguel Antonio Caro, a quien el Arzobispo Paúl llamó “paladín de Cristo”; y era Ministro de Instrucción Pública Monseñor Carrasquilla, lumbrera de la Iglesia. Podía colegirse, por tanto, que en el fondo de la cuestión electoral no estaba comprometida la cuestión religiosa. “Tal es la opinión, dice, que entonces expresé y que sigo todavía, aunque con las reservas que nacen de la convicción de mi flaqueza mental en comparación de la gravedad de estos asuntos. Así es que si fuere necesario no tendré inconveniente en relegar aquella opinión entre mis *ignorantias primae senectutis*. . .”.

No hubo, pues, indiscreción en su conducta. Y caso de haber mostrado tal cual brote de anticlericalismo, nunca salieron de su pluma expresiones contra el clero como las que escribió, valga el ejemplo, el señor García Moreno, no sólo antes de su conversión, sino adelantado ya en su vida y en pleno gobierno católico. Ni menos llegó, como este gobernante por otros títulos meritísimo y nobilísimo, a multar al arzobispo de Quito por incuria o negligencia con pena de cincuenta pesos, o a retirarle al nuncio de Su Santidad la parte del diezmo que le correspondía, es decir su único sueldo, por su tardanza en crear nuevas diócesis para el Ecuador. . .

¿Cómo correspondió la Iglesia a este su hijo celoso y defensor denodado? El 15 de octubre de 1940 en la paz de uno de esos crepúsculos lentos y dorados de la otoñada romana, estuve departiendo gratamente con Su Eminencia el Cardenal Enrique Gasparri. Monseñor había sido representante de la Santa Sede en Colombia justamente en el período presidencial del señor

Suárez. Recordaba con emoción la fe eucarística del pueblo colombiano; pero le ensombrecía el ánimo el pensamiento de la fiebre política que padece el país. “Colombia, me decía, en tiempo de elecciones es inhabitable”. Hablando de don Marco, se deshacía en elogios. “Por Suárez siento veneración. Era un santo hombre. Muy recto, muy delicado de conciencia”. “No me gusta, le advertía alguna vez el prelado italiano, que V. E. salga por esas calles sin escolta... Las pasiones políticas están muy exasperadas...”. “—Le agradezco mucho la advertencia, Monseñor, pero ya me escolta el Angel Custodio”. El Excmo. Señor Vicentini, que sucedió en la nunciatura colombiana a Monseñor Gasparri, admiraba asimismo la virtud y la inteligencia de Suárez. Y llegó a confiarme, en una de las visitas que le hice en su palacio de Santa Marta, en el Vaticano, que para sus informes a la Secretaría de Estado le servían de orientación, no pocas veces los “estupendos” *Sueños* de Luciano Pulgar citados alguna vez textualmente... Monseñor Vicentini recordaba con gratitud a Suárez y a Monseñor Herrera Restrepo, sus defensores más egregios en la hora del éxodo amargo... Por último, el Excmo. Señor Giobbe, Nuncio de Su Santidad en Colombia, durante los dos años postreros del soñador, se expresaba así en noviembre de ese mismo año de 1940: “Lo conocí ya en su ocaso; pero me dejó la impresión de ser una grande inteligencia y un varón piadosísimo...”.

En realidad, Suárez fue un hombre integral. Ciudadano probo, desvelado patriota, sabio literato; y todo ello vivificado por el espíritu cristiano, por una fe pura, apuntalada en teología, hondamente sentida, valientemente practicada. Fe de carbonero, no en cuanto ignorante, sino en cuanto confiada.

Hemos dicho algo de Suárez testigo de Cristo, apologista y defensor de la jerarquía. Digamos ahora del gobernador cristiano.

El subió — toda Colombia lo sabe y su caso se acerca ya al mito popular —, él subió desde la chocita hasta el capitolio, desde el nacimiento viciado hasta el empinamiento con merecida gloria entre los grandes y los aristócratas del saber y de la virtud. Pero en la subida, impulsada por esfuerzo incesante, él nunca echó a la cuneta su fe montañesa, aplomada y altiva co-

mo los Andes antioqueños. Amó siempre, cariñosamente, a Cristo y lo confesó ante los hombres. Ahí está su discurso del congreso eucarístico, constelado por todas las joyas del corazón, del pensamiento y del estilo. Recuérdese también como terminaba su alocución, en el momento mismo en que, al tomar posesión de la presidencia de la República, culminaba triunfalmente la más estimulante trayectoria que haya recorrido en el país hijo alguno de la democracia: “Éstos votos, formados en horas angustiosas, son condicionales, porque como dijo el primero de los atenienses, la intención está en la voluntad del ciudadano y el resultado reside en la voluntad de Dios. De Dios, cuyo brazo puede levantarnos, cuyo Verbo puede iluminar nuestros senderos, cuyo Espíritu es poderoso a unirnos en la reconciliación y en la paz”.

No bien ocupó el solio de Bolívar obtuvo que el Palacio de los Presidentes fuese solemnemente consagrado al Corazón de Jesús. “Allí — escribió en *El sueño del fracaso* —, en el salón principal, está expuesta la imagen del Salvador del mundo, Señor de los hombres y Rey de las naciones, iluminada su persona divina por la luz que sale de su pecho. Un artista inspirado pintó esa luz con destellos de aurora y con lumbre de las primeras estrellas que brotan en el cielo, cuyo azul colocó en aquellos ojos que iluminan el Universo y en la corona que consuela los dolores de la especie humana”. Esa consagración, le insinúa Justino, uno de los interlocutores de los *Sueños*, es una de las causas, pretextos o móviles ocultos en que pudieron apoyarse algunos de sus perseguidores políticos, roídos de indiferencia liberal, gélidos o hastiados en su fe. “Eso te graduó de fanático e hipócrita...”. Pero Luciano arguye: “No me pesará nunca de haber obrado así. La República está consagrada al Corazón de Jesús, de lo cual se burla la ignorancia fanática; pero esa consagración es una gloria muy alta y una acción que concuerda con la conducta de las grandes naciones. Estar consagrada una nación al Corazón de Jesucristo, es estar consagrada a la caridad infinita, al amor infinito, al Espíritu de Dios que creó y anima el universo y en quien está la razón de la justicia, de la libertad y de la prosperidad de los pueblos... A mí me basta que ese día hubiera oficiado en aquel salón, convertido ocasio-

nalmente en capilla, el Excmo. Señor Gasparri, Nuncio Apostólico y modelo de amistad y caridad, y que en su séquito hubiera estado, entre otros sacerdotes, Monseñor Carrasquilla, maestro de la juventud y decoro del Estado y de la Iglesia. . .”.

Las proclamas presidenciales con que don Marco solía cada veinte de julio recordar la independencia de la Patria, constituían un examen de conciencia nacional, un llamamiento a la reflexión, y resultan páginas de literatura ascética que sólo encuentran iguales en los mensajes del presidente García Moreno, del estadista Dollfuss o del cristianísimo Caudillo que hoy rige a España. Modelo de gobernantes impulsados por alientos ultraterrenos, él trató de mirar el juego aleatorio de la política *sub specie aeternitatis*.

Suárez no disimuló nunca su admiración por los gobernantes que, católicos o no, pero en todo caso finos políticos, respetan los sentimientos religiosos de su propio país y cultivan las relaciones armoniosas con la Iglesia de Roma. En las palabras que dirigió, ya en sus postrimerías, a la Juventud Católica de Caldas hay una alusión que puede parecer sintomática en el hombre legal y tímido que fue siempre el señor Suárez. Alude a Mussolini y a Primo de Rivera. . .

Grandes gobernantes, sabios estadistas, hábiles políticos e ilustrados pensadores, en lugar de repudiar la doctrina cristiana que es nuestro ideal, la ponderan como arca de salvación. Así piensan los gobernantes del imperio británico, cuando declaran que no habrá remedio social sino mediante la fraternidad humana, cuyo único fundamento es la fe en Dios como Padre. Así el gobierno de Italia, que repetidamente reconoce la necesidad de nuestro ideal de fe católica como base de paz y de cultura. Así el régimen de España, cuyas tradiciones reviven pujantes en esta edad de peligros. Y así el presidente de los Estados Unidos, que sin vacilar señala el ideal de nuestros votos como remedio y expediente necesarios a la educación de las familias y de las naciones. . .

De su viaje presidencial a Rumichaca, realizado con pobreza y austeridades de franciscano, me cuenta y no acaba el Padre Martín C. Núñez, su capellán y su director espiritual durante algunas temporadas. En Buenaventura, me dice, le ofrecieron un banquete chino. Suárez, siempre cristiano, hizo bendecir los condimentos, y allí, como en otras partes, con un vaso de agua

levantado, corresponde a los brindis altisonantes y numerosos. Era sobrio mi Presidente y vivía enamorado del agua fresca... A solas, tal cual vez, y únicamente después de la comida del mediodía, libaba un dedalillo de anís inofensivo. Era, en ese aspecto, su única concesión al antioqueño que llevaba dentro.

En cercanías de Pasto le sorprende la Semana Santa. Y he aquí que suenan las consignas del señor presidente: mañana, Jueves Santo, a comulgar en Túquerres. El presidente apenas logra reprimir su sonrisa socarrona. Y todos, Montejo, el poeta Villafañe, el general Micolta, bajan la cabeza y rezan el *yo pecador*... Don Marco va delante... Así, un rosario de anécdotas contadas por ese Padre Núñez, “amable como el cielo”, según la linda expresión de su egregio discípulo espiritual. El Señor nos depare ocasión de referirlas por lo largo.

No quedaría enteramente perfilada la semblanza de Suárez cristiano sin aludir a las pruebas de tribulación con que a Dios plugo acrisolarlo.

Acomplejado de bastardía, llagado por desvíos, incompreensiones y ataques, sorprendido ante la tergiversación malévola de sus intenciones más puras, sin arrimo de esposa ni apoyo de hijo — ella y éste prematuramente arrebatados —, su natural sensibilidad en carne viva se le convirtió en su tragedia y su grandeza. Por ella, el artista; por ella, el varón de dolores que todos conocemos. Por esto los *Sueños* y algunas de sus cartas íntimas — como la escrita en la muerte de su hijo — son a trechos un lamento largo, como el del viento nocturno en los cafetales de Antioquia, y por eso algunas páginas suyas de cordial emoción religiosa, tienen la belleza triste de ciertos atardeceres hondos del otoño vistos a través de las lágrimas.

Es sencillamente sublime aquel final del primero de los *Sueños*:

Un patriotismo exento de sinsabores, un patriotismo cómodo y epicúreo, no es patriotismo... Hay codicia de simpatías como la hay de bienes físicos; pero así como, según San Pablo, le bastan al cristiano el alimento y el abrigo, así le bastan los afectos de la casa y el favor de algún amigo hasta las aras. Además, [...] si un esclavo, y esclavo de Nerón, se portó de manera que decía frecuentemente: “llueve, oh Dios, sobre mí tribulaciones”, ¿cómo es posible que un hombre libre y cristiano se espante de hallar en su camino espinas? La falsía y la crueldad son la

prensa que exprime el acíbar y la mano que lo ofrece; pero la fuente de ese acíbar es nuestro propio corazón, que se olvida de su deber y de su ley. El mal brota, cierto, por de fuera; pero abunda más en nuestro interior, alzándose en ola pujante, al impulso de nuestras pasiones. Sí, hay que trabajar hasta el fin. Morir no es dormir ni ser de piedra; morir tampoco es soñar; morir es llegar al centro del Amor Infinito, que, hecho hombre, trabajó y escogió un monte de la tierra para redimir a su criatura desde lo alto de un patíbulo. Ese centro del amor infinito lo es también de la atracción universal, cuyos efectos son esta música de las esferas, estas armonías de luz, tenues reflejos del Eterno, señales transitorias de Dios, que es a un mismo tiempo atracción, amor, misericordia y justicia (*Un sueño*, en *Sueños de Luciano Pulgar*, 3ª ed., t. I, Bogotá, Librería Voluntad, 1941, págs. 145-146).

Es célebre su *Regla de tres de la resignación*, que he visto citada como documento notable, en un libro de ejercicios espirituales ignacianos recientemente publicado en España. Dice así:

Si Dios infinito, hecho hombre, padeció salivas, azotes y cruz, ¿qué mucho es que una hormiga, menos que nada, pues desobedece la regla suprema, padezca un ligero contratiempo que no le cuesta siquiera una gota de sangre?

Si la misma criatura puede, queriendo, unirse a Dios y poseer en Dios todos los bienes, ¿qué importa que los hombres, átomos ante Dios, injurien a esa criatura y la abandonen? ¿Qué es un átomo, qué son billones de átomos en comparación del Infinito, que es nuestro Padre?

Si delante de lo Eterno no es nada un billón de años ni un millón, ni diez años de vida, ni un año ni un día, ¿qué importan las amarguras de este tiempesito si pueden trocarse por dichas sin guarismo ni remate? (*El sueño del ministerio mixto*, en *Sueños...*, 2ª ed., t. III, Bogotá, Librería Voluntad, 1941, pág. 178).

Mosquera Garcés ha escrito que “la equidad inefable que rige el destino de los hombres y los conduce por caminos ignorados al cumplimiento de designios superiores permite que en ciertas horas gravite sobre algunos el peso de las culpas de sus conciudadanos y que ellos, al modo de los corderos emisarios, sufran tizne y baldón de sus iguales”. Ello es verdad, pero también lo es que Dios se cobra en los pueblos y aquí, en el tiempo, las injusticias colectivas cometidas contra los hombres providenciales. Colombia ha sufrido un calvario y un desangre tremendo en sus últimos años. ¡Quién sabe si Dios no le está

haciendo pagar y expiar de manera trágica el martirio de los egregios y la crucifixión de los que amaron la justicia y la sabiduría!

Hay que declararlo con sinceridad. Queda el ánimo triste y desazonado porque, a los cabos ya de esta dilatada escritura acerca de *Suárez, hombre de Cristo*, uno advierte que el tema ha sido apenas rozado y que la efigie del cristiano integral queda en esbozos y a medio esculpir.

Póngale espuma y copete una anécdota hasta hoy desconocida de los biógrafos y estudiosos de Suárez. El lector de los *Sueños* recordará una carta que a don Luciano Pulgar le dirigió el infatigable polemista dominicano Padre Mora Díaz.

Estimado amigo: un diario pone en boca de usted esta frase: "Si yo tuviera quince años menos, me haría fraile". Me atrevo a murmurar a su oído este secreto: con gran placer los dominicanos le vestirían el blanco hábito para que pasara el resto de su vida al pie de la Reina de Colombia, dedicándole las últimas producciones de su pluma. Admirador y hermano, FRAY FRANCISCO MORA DÍAZ.

¡En verdad, apuntaba muy alto el Padre Predicador! Pero, aquellos rumores sobre la vocación tardía o regresiva del soñador inmortal tuvieron su fundamento *in re*, como dirían los escolásticos. Un día, según nos contó en Roma Monseñor Vicentini, el señor Suárez se acercó al palacio de la Nunciatura, y tímidamente, con rubores de muchacho, expuso al Señor Nuncio sus deseos de concluir la carrera de su vida con la unción sacerdotal.

—Ya que no dije la misa de joven, Monseñor, quisiera decirla ahora, de viejo. Monseñor se emocionó y se entusiasmó. —Me parece una idea feliz, respondió el Señor Nuncio, y cuente Ud. con todo mi apoyo y con todas las dispensas que sea necesario obtener del Vaticano. Pero antes habrá que consultarlo con el Excmo. Señor Primado.

Don Bernardo Herrera Restrepo escuchó la propuesta sin alterarse y se limitó a preguntar: ¿Qué ministerio, qué cura de almas podría ejercer ahora el señor Suárez? —A lo cual replicó el Señor Nuncio: —Sería un ejemplo para el mundo entero, sería un maravilloso argumento de apologética...

—Quizás no convenga, sentenció y cortó don Bernardo. Y Suárez, al saberlo, inclinó humildemente la cabeza, nimbada de sabiduría y de gloria, y truncó de una vez para siempre sus dorados sueños de altar, de cáliz y de hostia en alto. Fue el hombre de las renunciaciones heroicas.

Nada extraño que la fama de sus virtudes de cristiano viejo, de católico sin tacha, llegara hasta el Vaticano. Las comunicaciones de la Nunciatura y el inolvidable prelado colombiano Monseñor Samper, que tan alto se encumbró en el Palacio del Papa, se encargaban de enaltecer al Presidente de Colombia. Benedicto XV lo distinguía con su afecto y amistad. En junio de 1918, al saber su elección para la primera magistratura de la República, le envió la medalla de la paz y una carta alentadora y elogiosa. Ya de antes era caballero de la Gran Cruz de la Orden de San Gregorio Magno. En audiencia concedida al Excmo. Señor Brioschi, Arzobispo de Cartagena de Indias, profería Benedicto XV estos conceptos que son una verdadera glorificación:

El Presidente de Colombia es el gobernante que mayores consuelos nos proporciona. Su conducta ejemplar, sus virtudes cívicas y domésticas lo elevan a grande altura. Pero su valor y espontaneidad en confesar a Cristo ante los hombres y su profundo desprecio por los respetos humanos le dan un mérito excepcional. Los buenos católicos de Colombia deben estar ufanos de poseer tan digno Presidente. También deben pedir al Señor que se lo conserve.

CONCLUSION

En el ocaso de su vida, los ciudadanos lo ven pasar, lentamente, por alguna callejuela del antiguo Bogotá. Va taciturno, como embebido en un soliloquio íntimo. Después, entra en su casita del Camellón de los Carneros, tranquila, sumida en absoluto silencio bajo el cielo claro. En el jardincillo, muchas flores cultivadas por su hermana Soledad. Luego se apoltrona junto a su biblioteca, cubierto él "con salmantino gorro cuya

borla le mosquea sobre los socarrones ojillos”, y va repasando sus libros viejos, sus clásicos latinos y españoles. Gusta de Tácito. Relee el Quijote. Ahora pasa al escritorio. Sobre la mesa, algún curioso objeto; la silueta de Dante. En las paredes, lisas, blancas, una imagen del Sagrado Corazón y un óleo de su “niño” Gabriel, muerto de gripa en los Estados Unidos en octubre de 1918. Aquí encaja una anécdota. Siendo presidente, poco después de la muerte de su hijo en Pittsburgh, llamó al sabio ingeniero doctor Julio Garzón Nieto y le encomendó que le hiciese un aparato “para hallar, como dice en *El sueño de la hormiga*, a la madrugada, en los campos de un cielo inclenamente, la estrellita cuya luz cae a plomo sobre una sepultura que me rompe el corazón” (*Sueños...*, 2ª ed., t. VI, Bogotá, Librería Voluntad, 1941, pág. 160). Y el filo de la media noche o el relente de la madrugada sorprenden a veces al solitario soñador, suspensos los ojos de la palpitación de un lucero y el corazón en vela ante la tumba del ausente querido.

El 3 de abril de 1927 se extinguió su vida, entre la consternación de todo su pueblo. Sus últimas palabras fueron: “Dios dirá...”. El pensador cristiano, el viejo piloto de la nave conservadora, ducho como nadie en saldar ánimos de movedizos tripulantes, pero cansado ya de gobernalles y fenecido el navegar de su vida, entró en aquel puerto de sus esperanzas y suspiros, abastado de paz y de bienes que no merman ni acaban.

“La soledad, ha escrito Gregorio Marañón, es uno de los más altos dones que puede alcanzar el alma humana”. Suárez fue siempre un gran solitario; pero de manera intensa, en sus postrimerías. Soledad la suya poblada tan sólo por el enjambre de sus *Sueños...* En ella le consoló la fe de Cristo, le visitaba un grupo de amigos, cada vez más escaso, y le infundía resignación el manualillo de la *Imitación de Cristo*, que habla de la caducidad y fugacidad de las cosas del mundo. En realidad, durante los últimos meses, el espíritu se le había adelantado ya en su viaje hacia lo eterno y lo celeste.

La persona y la vida de Suárez ostentan rasgos únicos e inconfundibles en la historia de Colombia. Ese 3 de abril su gloria se fundió definitivamente con la gloria de la Patria, como el Río Magdalena con el mar. He aquí un hombre que se forjó

a sí mismo para gastarse después por la Iglesia y por la Patria. Un proverbio de vieja solera castellana sentencia así: No hay en el nacer oprobio si hay virtud para enmendarlo. Ese proverbio pueden apropiárselo, entre otros, don Juan de Austria y don Marco Fidel Suárez. El hijo del emperador y el hijo de la lavandera. . . Porque siempre será bello, estimulante y emocionante en la historia de Colombia el contemplar, sobre la biografía de Suárez, esta trayectoria que pone lágrimas en los ojos: de la choza de Hatoviejo al Palacio de los Presidentes de Colombia, en Bogotá.

CARLOS E. MESA C. M. F.

Madrid.